



letras

PARA LOS MAESTROS Y ALUMNOS

AL INICIARSE LOS CURSOS ESCOLARES...

recordamos que en nuestros catálogos se hallan los mejores, los más modernos y autorizados libros de pedagogía, educación y textos escolares. Todos ellos han sido sancionados por el éxito y son de máxima eficacia para maestros y escolares. A continuación damos algunos títulos de las series y libros más importantes:

Ediciones de la "REVISTA DE PEDAGOGIA"

LA PRACTICA DE LA EDUCACION ACTIVA.

- I.—"Los centros de interés en la escuela", por Clotilde de Rezzano.
 - II.—"Un programa escolar desarrollado en proyectos", por M. E. Wells.
 - III.—"Aplicación del método Decroly a la enseñanza primaria", por Ana Rubiés.
 - IV.—"El trabajo individual en la escuela, según el plan Dalton", por A. Lynch.
- Cada uno \$ 6.—

LA ESCUELA ACTIVA.

- "Aritmética", por Margarita Comas.
 - "Gramática", por Félix Martí Alperá.
 - "Geografía", por J. Dantín Cereceda.
- Cada uno \$ 3.20

LA NUEVA EDUCACION.

- I.—Concepto y desarrollo de la nueva educación. Por Lorenzo Luzuriaga.
 - II.—La libertad en la educación. Por Luis Santullano.
 - III.—El método de proyectos. Por Fernando Sáinz.
 - IV.—La cooperación en la escuela. Por Antonio Ballesteros.
 - V.—El Método Montessori. Por Leonor Serrano.
 - VI.—El Plan Dalton. Por Fernando Sáinz.
 - VII.—El Método Decroly. Por Antonio Ballesteros.
 - VIII.—La escuela del trabajo. Por José Mallart.
 - IX.—Las escuelas nuevas italianas. Por Concepción S. Amor.
 - X.—Las escuelas nuevas norteamericanas. Por Fernando Sáinz.
 - XI.—Las escuelas nuevas alemanas. Por L. Luzuriaga.
 - XII.—"El Método Cousinet". Por C. S. Amor.
 - XIII.—"El plan Iena". Por P. Petersen.
 - XIV.—"Las nuevas escuelas inglesas". Por C. S. Amor.
- Cada uno \$ 3.30

LOS LIBROS DE LA ESCUELA

- El libro del idioma. Por Lorenzo Luzuriaga.
 - El libro de la vida. Por Enrique Rloja.
 - El libro de la Tierra. Por J. Dantín Cereceda.
- Cada uno \$ 3.30

BIBLIOTECA PEDAGOGICA.

- "Psicología para maestros", por el Dr. Otto Limpmann \$ 10.50
- "Manual de Pedagogía", por W. A. Lay \$ 12.00
- "Filosofía y educación", por A. Messer \$ 9.00

EDICIONES DE "LA LECTURA"

OBRAS DE CIENCIA Y EDUCACION.

- Jorge Kerschenteiner.— Concepto de la escuela del trabajo. Trad. por Lorenzo Luzuriaga \$ 7.50

- Luis de Zulueta.— El ideal en la educación \$ 7.50
- D. Barnés.— Ensayos de Pedagogía y Filosofía \$ 9.00
- Dietrich Tiedemann.— El desarrollo de las facultades espirituales del niño. \$ 4.00

SECCION DE MANUALES.

- Abel Rey.— Lógica. Trad. por Julián Besteiro (4.a edición) \$ 15.00
- Abel Rey.— Ética. Trad. por Manuel García Morente \$ 9.00
- Abel Rey.— Psicología. Trad. por Domingo Barnés (2.a edición) \$ 12.00
- Monroe.— Historia de la Pedagogía. Trad. por María de Maeztu. 3 toms. \$ 33.00
- Juan Demoor y Tobie Jónckheere.— La ciencia de la educación. Trad. del francés \$ 12.00

SECCION TESTS.

- Binet-Simón.— Tests para el examen de la inteligencia \$ 2.30

EDICIONES DE LA "REVISTA DE OCCIDENTE"

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.

- I.—A. Messer.— Filosofía antigua \$ 9.00
- II.—A. Messer.— Filosofía moderna (Renacimiento a Kant) \$ 7.50
- III.—A. Messer.— De Kant a Hegel \$ 9.00
- IV.—A. Messer.— La filosofía en el siglo XIX (Empirismo y naturalismo) \$ 9.00

VARIAS.

- E. Koffka.— Bases de la evolución psicológica \$ 17.00
- F. Brentano.— Psicología \$ 7.50
- J. Simmel.— Sociología. 2 tomos \$ 40.00
- Spranger.— Psicología de la edad juvenil \$ 20.00
- Pfander.— Lógica \$ 19.00
- Driesch.— La teoría de la relatividad y la filosofía \$ 4.50
- Messer.— El realismo crítico \$ 4.50
- Leininger.— La evolución biológica \$ 6.00
- Haeblerlin.— Fundamentos del psicoanálisis \$ 6.00
- Young.— Lo inconsciente \$ 9.00

COLECCION DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE EDUCACION DE GINEBRA.

- El juicio y el razonamiento en el niño, por Jean Piaget \$ 12.00
- El juicio y el pensamiento en el niño, por Jean Piaget \$ 12.00
- Tolstoy educador, por Charles Baudin \$ 6.80

GRATIS remitimos catálogos y noticias detalladas de las series completas y de otros libros pedagógicos.



AGUSTINAS 1043
CASILLA 2326. —
TELEFONO 84734.
SANTIAGO

El mejor surtido de libros en la mejor Librería

l e t r a s

revista de arte y literatura

EDITORES:

REDACTAN:

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.
SALVADOR REYES,
MANUEL EDUARDO HUBNER.
HERNAN DEL SOLAR

CASILLA 2292.

librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

60 CTS.

Año II — Santiago de Chile, Abril de 1930 — Núm. 19

la revolución y el destino de los revolucionarios

por Rafael Maluenda

Vi una vez a un juglar ejecutar una suerte: caminando sobre las manos, piernas al aire, ascendía por una especie de escalera cuyos peldaños tenían la forma de clepsidras. Por turno cada mano del juglar tataba el inestable peldaño antes de asirlo, luego venía el avance con la otra mano; pero antes de soltar la clepsidra de abajo, con ágil movimiento — acaso para dar la sensación de su destreza y seguridad — lanzaba lejos el peldaño ya usado. Al llegar a la cúspide erguía sobre la alta plataforma para saludar al público, señalando el montón de escalones que le habían servido para su arriesgada ascensión.

No sé por qué esta visión circense se ha presentado siempre a mi memoria al meditar en la fenomenología de esas violentas actitudes históricas que se llaman revoluciones.

Como el juglar, las revoluciones triunfan en su difícil ascensión, derribando — a medida que avanzan — los escalones que ya les sirvieron para hacer el camino. Y cuando alcanzan la estabilidad del triunfo, detrás de ellas, desecha y rota, queda toda la mecánica humana que les imprimiera su dinamismo.

Obra de sacrificios, toda revolución exige siempre de los que la engendraron, impulsaron y sostuvieron, el sacrificio mayor. Y por eso, en el panorama histórico, como un fenómeno aparentemente paradójico, si las revoluciones suelen aparecer triunfantes, los revolucionarios no triunfaron jamás.

Toda revolución — actitud violenta en que culmina un proceso contra "los usos" de un régimen político — puede ser severa con los elementos de los viejos regímenes contra los cuales se esgrime; pero es siempre implacable con los elementos que a ella misma le dieran vida y vigor para triunfar. Como en la leyenda, la re-

volución es un ente que devora a sus proge-
nitores.

*
* *

Cuando un espíritu alerta quiera trazar, en el sólo plano de una álgebra política, la psicología de las revoluciones, de seguro que habrá de otorgar sitio de preferencia en sus páginas — si no por lo trascendental, por lo significativo como rasgo fisonómico de los procesos revolucionarios — a este sino de toda revolución triunfante: su zaña inflexible contra los que la hicieron triunfar.

En toda auténtica revolución se aúnan dos fuerzas para determinar su impulso: una de perturbación contra el orden de cosas establecido, otra que busca la implantación de un nuevo orden de cosas. Bien definida en sus propósitos la primera, apenas si medianamente orientada a sus finalidades la segunda.

Mientras la revolución no triunfa, el impulso demoledor, que es su fuerza negativa, le da esa existencia vigorosa y alerta de las actitudes. Una revolución es actitud histórica en que los hechos componen su realidad más sustantiva. Por eso para que una revolución triunfe, ha de caminar de acierto en acierto. Pero cuando, en el extremo de su trayectoria, la revolución alcanza el éxito, entonces surge en ella una voluntad de legitimación, y con ella algo como un impaciente deseo de dejar de ser actitud para hacerse conducta, vale decir "nuevo orden de cosas".

Y frente a ese nuevo orden de cosas, los revolucionarios aparecen ya como elementos de perturbación que es necesario desplazar. Hasta el instante del triunfo, ellos fueron impulso; más allá del triunfo se vuelven lastre.

*
* *

En toda revolución "hecha régimen" se infiltra de golpe un espíritu de reacción, no contra el nuevo orden de cosas que ella misma entra a establecer, sino contra la aspiración inicial que le abrió camino y cuya responsabilidad la estulta mentalidad colectiva hace gravitar sobre los elementos revolucionarios que lo ayudaron a triunfar.

El consentimiento público que entra a dar estabilidad al ideal revolucionario amortigua al mismo tiempo su fuerza de expansión, y, junto con el establecimiento pleno de las nuevas normas, se produce un fenómeno peculiar: el medio ambiente político contra el cual la revolución fué esgrimida, se apresura a asimilarse al ideal revolucionario, con impaciente afán, sintiendo que en tanto esta asimilación se haga más rápidamente, más rápidamente también desaparecerán la importancia y la necesidad de los elementos revolucionarios.

Dentro de la fenomenología política y social que las revoluciones engendran, es característico el fiebroso entusiasmo con que los espectadores — indiferentes y reservados en los días difíciles — se apresuran a tomar posición en las vanguardias de la revolución triunfante; y es característica también la energía que ponen para servir los propósitos revolucionarios, como si con esta energía de última hora quisieran hacer olvidar su falta de decisión para haber entrado a servir en hora oportuna la causa que a última hora estiman como suya.

Estas voluntades que la revolución hecha régimen asimila para su servicio son los instrumentos de que ella se sirve para desplazar a sus auténticos progenitores. Y la masa social, tocada por esa su irreducible tendencia a la pasividad, amienta y aplaude esa obra de aniquilamiento de cuanto fué activa fuerza para el triunfo revolucionario.

La idolatría colectiva, ese impulso obediente de la masa para el hecho consumado, no tiene conciencia de justicia alguna. Como un dócil can la muchedumbre hace coro entusiasta a la "élite" revolucionaria cuando la ve caminar decidida a la conquista del mando; después de la victoria sus pleitesías son para los que asumen el mando, sean o nó los revolucionarios de ayer. La muchedumbre sólo sabe obedecer.

Las masas, herederas históricas de una ancestral esclavitud, encierran en su alma colectiva un atavismo que, en apariencia, produce dos efectos contradictorios: la capacidad de sacrificio y la capacidad de perfidia. Son capaces de llegar hasta el martirio, hipnotizadas por un ideal — del cual apenas si llegan a tener conciencia — cuando las azuzan los elegidos de una causa. Pero nada iguala a su perfidia, cuando, pasado el impulso, retornan a su pasividad e, identificándose con los dictados del mando, han de mirar como adversarios a sus condottieros de ayer.

De aquí la energía con que toda revolución triunfante elimina sin temores a los que la nutrieron con su espíritu, con sus energías y sus sacrificios.

Se podrá argüir que en cada caso particular de esas eliminaciones, los hechos y la necesidad justificaban el implacable dictamen; pero ¿cómo justificar, sin admitirlo como ineludible fatalidad histórica, el fenómeno de que toda revolución hecha régimen aparezca siempre sacrificando al conjunto todo de la "élite" que le diera vida, impulso y triunfo?

*
* *

Grandes o pequeños, audaces o timoratos, fracasados o triunfadores, en el panorama histórico los revolucionarios se consumieron todos en las llamaradas del triunfo de las revoluciones. Moisés, el caudillo revolucionario del sojuzgado pueblo hebreo, muriendo antes de llegar a la tierra prometida, es un símbolo augural que desde los albores de la historia está diciendo de la ineludible fatalidad que envuelve el destino de los revolucionarios.

Pero la humanidad que ha hecho su más efectivo camino de organización social y política de revolución en revolución, no ha codificado para los revolucionarios ninguna atemorizante experiencia.

En el organismo social, cuando llega la hora, el impulso revolucionario es un mandato biológico, que la sensibilidad de algunos hombres recoge y hace flamear bajo la luz espejeante de la esperanza en el triunfo. Bajo el imperativo-categorico de ese mandato pronunciado "en su hora", cada individuo en la masa social se vuelve un voluntario que se echa a la calle y se da—como dice Latzarus— a sí mismo la orden de movilización.

En el panorama de las revoluciones americanas, el fenómeno del destino de los revolucionarios se destaca con más acentuados perfiles. Ostracismos, confinaciones, exilios— cuando no la muerte—epilogan la actuación de los revolucionarios. Es el dictado de un sino. Acaso ello estriba en que, rara vez, son los mismos revolucionarios los que mejor comprenden el sentido de una revolución.

Ellos le dan a las revoluciones su vértigo de propulsión, pero el vértigo los arrastra. Fueron en el instante inicial conductores; su identificación con el dinamismo revolucionario los vuelve conducidos.

Desde la ribera se ve mejor la orientación de un torrente. Por eso son los hombres de la ribera los que en último término estabilizan y hacen régimen y edifican las normas sociales y políticas de toda revolución.

El estallido de una revolución es un estado de alma: necesita de la pasión. Su estabilidad importa un estado social: necesita de la reflexión. Y porque en la hora del impulso revolucionario la reflexión era un lastre y en la hora del triunfo de la revolución, la pasión se vuelve un riesgo, el instinto de conservación social elimina entonces a los apasionados, los elimina inflexiblemente.

crónica literaria

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Con José Carlos Mariátegui desaparece del Perú la figura más objetiva del pensamiento sustentado por la actual generación, su pérdida significa con exactitud el límite de una etapa cuyo valor en el desarrollo de la cultura peruana aún no ha dado de sí todo lo que representa.

Espíritu alerta a la hora en que vivimos, su sed de justicia social lo llevó a ocupar un lugar de responsabilidad frente a la juventud de su país, que él nunca defraudó; de tal modo la obra de Mariátegui asume la estancia cierta de un espíritu fuerte situado en el más difícil sitio.



José Carlos Mariátegui.

A pesar del duro ámbito que lo rodeaba, no obstante la abierta lucha que constituyó su vida, es difícil encontrar una conciencia más justa, una vida más entera que la de Mariátegui. Es necesario ponerse en medio de la grave realidad de su país, ubicarse en lo que esta realidad tiene de materia virgen a la que falta una expresión, para comprender la obra y la actitud de este hombre. Los países americanos están expuestos a las más peligrosas interpretaciones de su realidad por su lugar de última fecha en el tiempo, por su situación de confin geográfico cuyos elementos raciales— aun no definidos— están sometidos a una civilización que todo lo influye en su dominio.

Mariátegui tuvo, como nadie, la certidumbre de su nacionalidad aparte de todo engañoso sentimentalismo. Los problemas más diversos encontraron mediante su agudo análisis la desintegración que más en claro ponía el exacto valor de sus factores. Sin embargo, su ideología fué eminentemente constructiva, no podía ser sino constructiva; su pensamiento agitado por el estímulo de la inmediata realidad no podía jugar abstracciones sobre un tiempo de hipótesis, tenía necesariamente que obrar sobre la inmediata realidad. Con su muerte el país peruano pierde su primera figura americana del momento.

Tomás Lago.

"CHILENOS EN PARÍS", POR ALBERTO ROJAS GIMENEZ

La crónica como género literario no se logra con demasiada frecuencia. Sus puntos de apoyo son sutiles y quebradizos y, por lo tanto, se requiere un arte muy especial para alzar ese castillo de naipes y para darle una resistencia capaz de afrontar algunos años, siempre pocos, ya que hoy vemos al mismo Gómez Carrillo, al maestro supremo, reposando en un piadoso olvido.

Fijar el momento, darle un resplandor y un sabor nuevo, rodear de simpatía y de gracia el efímero acontecimiento, rozar lo pequeño y lo grande con la misma amable ligereza, he ahí la obra del "croniqueur" y he ahí su arte no tan fácil de dominar.

Alberto Rojas Giménez, uno de los valores poéticos más firmes de la nueva generación, nos da en su libro "Chilenos en París", edición de "La Novela Nueva", una muestra bien clara de las excelencias a que puede alcanzar el género de la crónica. "Chilenos en París" es un libro amable, ameno, irónico y simpático. De su larga permanencia en París, Rojas trae observaciones alegres y sentimentales, cuadros llenos de vida y el rumor vasto y encantador de la inmensa capital.

Nuestros compatriotas han sido observados por el "croniqueur" bien a fondo. Desfilan por este libro grandes artistas como Vicente Huidobro y Ortiz de Zárate, a quienes puede llamarse viejos vecinos de París, adaptados al ritmo de aquella vida de gran actividad espiritual, y junto a ellos, pasan los figurones santiaguinos, desorientados por no encontrar en pleno corazón de París los saludos y admiraciones que se les tributaban en Huérfanos.

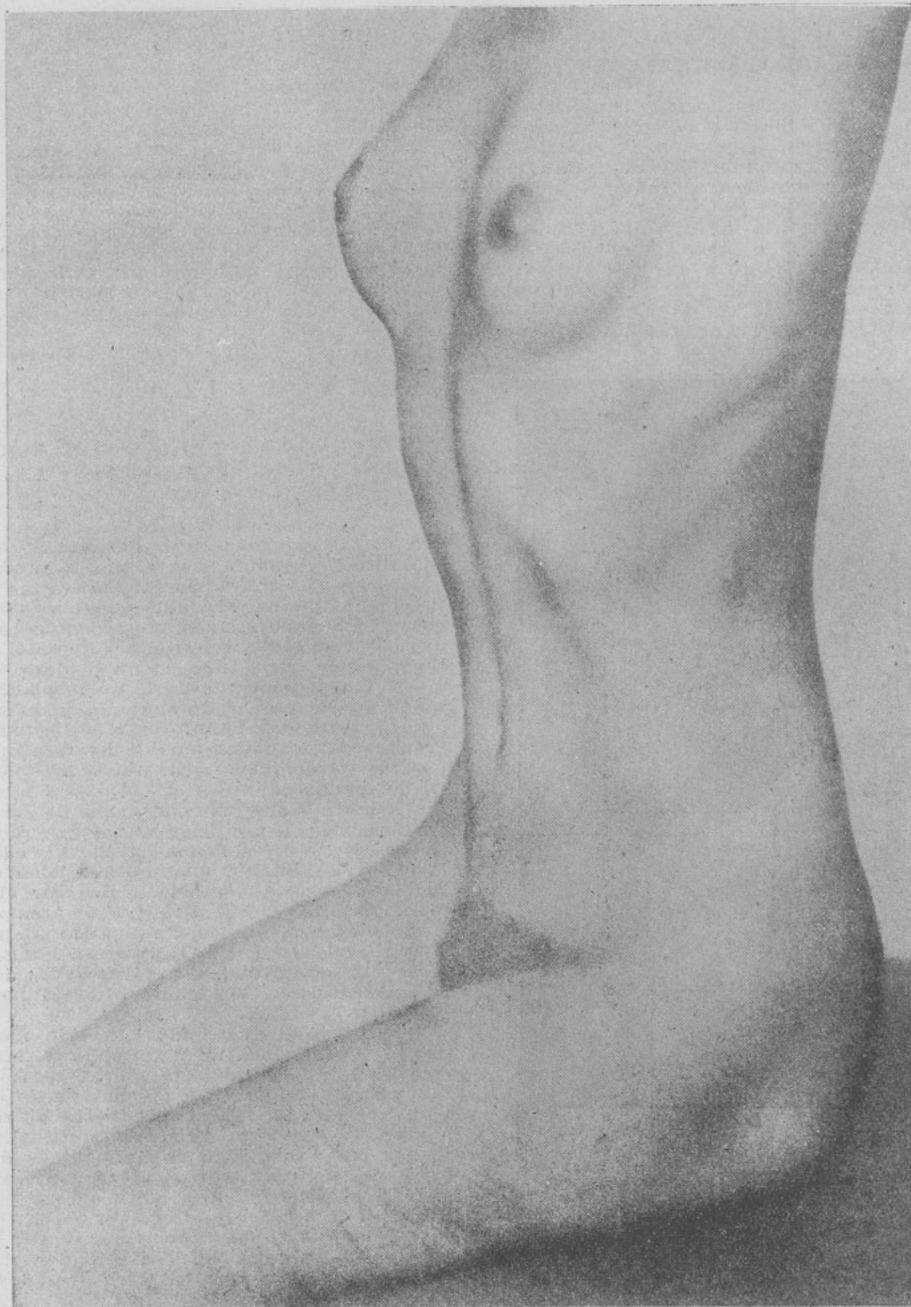
Todo esto Rojas Giménez lo ve con ojos risueños y lo subraya con ironía. Siguen otras crónicas; apuntes parisienses bien trazados, ágiles de color y de simpatía.

Un grato e interesante libro, en suma, el de Alberto Rojas Giménez.

N. D.

NOTA.—Por inconvenientes de última hora no nos ha sido posible insertar en este número —quedando para el próximo— los comentarios a los libros: "Mío Cid Campeador", de Vicente Huidobro, y "En el Antiguo Solio Virreynal" de Jorge Schneider Labbé.

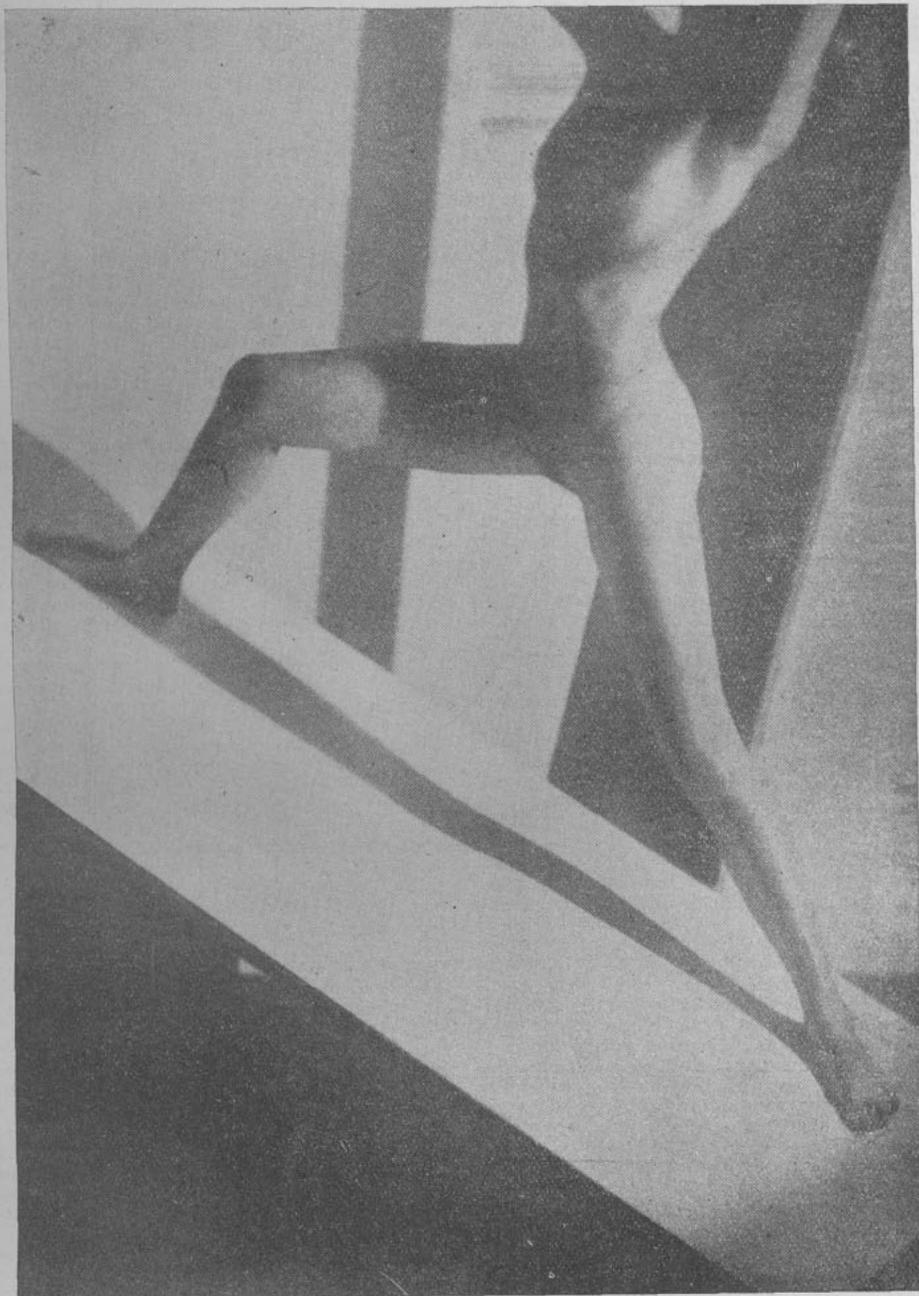
la fotografía como arte



La fotografía busca los caminos del arte puro, entregando sus elementos mecánicos a la visión libre de un verdadero creador. Rompe los límites de lo conocido, encuentra su expresión novedosa en un sugerente simultaneísmo, o en planos y cubos que parecen robados a un Picasso.

Y sobre todo, en la síntesis de la belleza plástica que es el cuerpo humano.

He aquí fotografías obtenidas en el estudio del alemán Drlikol. Hay en ellas una total ausencia de rigidez, de líneas extáticas, que parecían hasta hace poco imposibles de apartar de las imágenes obtenidas con el lente. Obras como las que ofrecemos son — si pudiera decirse — la negación misma de lo fotográfico, de toda idea de sequedad esterotipada, encerrada hasta ahora en la palabra "fotográfico".



Dos desnudos femeninos maravillosos de armonía, de pureza, de exaltación. La máquina vibra como un pincel para recoger la riqueza de las líneas, la dulzura de las sombras, la agilidad del movimiento. Y con estos cuerpos, todo un hallazgo de efectos decorativos, de novísimos elementos que le sirven de fondo y que les agregan gracia y soltura.

Un cuerpo femenino en su pura desnudez de arte, es frente al lente fotográfico una obra tan "creada", como la de un pintor. Están allí sus líneas y sus planos en esa realidad quintaesenciada que es la obra de arte puro, siempre en pugna con la realidad de lo que ven los ojos aún no educados.

Maravillosa armonía, maravillosos efectos de luz, imagen "en sí", plena de sugerencias y de magnetismos. Toda la virtud del movimiento en estas figuras que hablan un lenguaje propio a quién sabe comprender.

la ciudad ociosa

por Lord Dunsany

Hubo en un tiempo una ciudad que era una ciudad ociosa, donde los hombres contaban cuentos vanos.

Y era costumbre de esta ciudad imponer a todos los hombres que entraban en ella, el portazgo de una historia ociosa a la puerta.

De manera que todos los viajeros pagaban a los guardas de la puerta el portazgo de un cuento ocioso, y entraban en la ciudad sin ser detenidos ni molestados. Y a cierta hora de la noche, cuando el rey de aquella ciudad se levantaba y se paseaba agitado por la cámara en que dormía pronunciando el nombre de la reina muerta, cerraban la puerta los vigilantes, entraban en la cámara del rey y, sentados en el suelo, contábanle las historias que habían recogido. Y, escuchándolos, venía cierta quietud al ánimo del rey, que luego de escucharlos algún tiempo, tendiase otra vez, y al fin se quedaba dormido. Entonces, se levantaban los vigilantes en silencio y salían de puntillas de la cámara.

Un día que erraba sin rumbo, llegué a la puerta de aquella ciudad. En aquel momento levantábase un hombre a pagar su portazgo a los vigilantes. Estaban éstos sentados con las piernas cruzadas en el suelo, entre el hombre y la puerta, y cada uno de ellos tenía una lanza. Junto a este hombre sentábanse otros dos viajeros sobre la ardiente arena esperando. Y el hombre decía:

"Entonces, la ciudad de Nombres abandonó el culto de los dioses y se volvió hacia Dios. Así es que los dioses cubriéronse el rostro con sus mantos y se alejaron de la ciudad, e internándose en la niebla de los montes, atravesaron los olivares cuando el sol se ponía. Más, cuando ya habían dejado la tierra, volviéronse y miraron a través de los dorados pliegues del crepúsculo por última vez a su ciudad; parecían entre airados y tristes; después volviéronse de nuevo y se alejaron para siempre. Pero enviaron allá una Muerte, que llevaba una guadaña, diciéndole: "Mata a media ciudad, pero deja viva a la otra media para que pueda acordarse de los viejos dioses que abandonó".

"Pero Dios mandó un ángel exterminador para mostrar que Él era Dios, y le dijo: "Baja, muestra la fuerza de mi brazo a esa ciudad, mata a la mitad de sus habitantes, más deja vivir a la otra mitad para que conozca que yo soy Dios".

"Y al punto empuñó su espada el ángel exterminador, y la espada salió de su vaina con un profundo suspiro, como el resuello que el fornido leñador toma antes de descargar el primer golpe sobre la gigante encina. En esto el ángel, dirigiendo sus brazos hacia abajo y tendiendo entre ellos su cabeza, se inclinó sobre el borde del cielo, y con una flexión de los tobillos, se arrojó con las alas plegadas. Bajó sesgando hacia la Tierra al atardecer, con la espada extendida, y era como si la jabalina disparada por un cazador tornase al suelo; pero antes de tocarle irguió la cabeza, desplegó sus alas adelantando las plumas inferiores y fué a po-

sarse en la orilla del ancho Flavro, que divide a la ciudad de Nombres. Y desde la orilla del Flavro fué revolando bajo, como el halcón sobre el rastrojo recién cortado cuando las pequeñas criaturas del sembrado no hallan cobijo; y al mismo tiempo, por la otra orilla, venía guadañando la Muerte enviada por los dioses.

"Viéronse de pronto, y el ángel fulminaba con sus ojos a la Muerte, y la Muerte mirábale de soslayo, y las llamas de los ojos del ángel iluminaban con rojo fulgor la niebla que llenaba las huecas órbitas de la Muerte. Súbitamente se precipitaron el uno contra el otro, espada contra guadaña. Y el ángel se apoderó de los templos de los dioses y puso sobre ellos el signo de Dios, y tomó la Muerte los templos de Dios e introdujo en ellos los sacrificios y ceremonias de los dioses; y en tanto deslizábanse pacíficamente los siglos, bajando por el Flavro hacia el mar.

"Y unos adoran a Dios en el templo de los dioses, y adoran otros a los dioses en el templo de Dios; y aún no ha tornado el ángel a los coros regocijados ni ha vuelto la Muerte a morir con los dioses muertos, sino que luchan sin cesar por toda Nombres, y aún vive la ciudad sobre las márgenes del Flavro".

Y los guardas de la puerta dijeron: "Entra".

Levantóse, en seguida, otro caminante, y dijo:

"Enormes nubes grises vinieron flotando solemnes entre Huhenzazi y Niterana. Y aquellas grandes montañas, la celeste Huhenzazi y Niterana, la reina de las cumbres, saludáronlas con el nombre de hermanas. Y las nubes se regocijaron con el saludo, porque rara vez encuentran compañeros en las solitarias alturas del cielo.

"Pero los vapores de la tarde dijeron a la bruma terrestre: "¿Qué son esas formas que osan moverse encima de nosotros y acercarse a donde están Niterana y Huhenzazi?".

"Y la bruma terrestre respondió a los vapores de la tarde: "No es más que una bruma que se ha vuelto loca y ha abandonado la tierra tibia y confortable y ha creído en su demencia que su lugar está junto a Huhenzazi y Niterana".

"Un tiempo — dijeron los vapores de la tarde — hubo nubes, pero de eso hace muchos, muchos días. Tal vez sea que la loca piensa que es las nubes".

"Luego hablaron los gusanos de las cálidas profundidades del cieno y dijeron: "¡Oh, bruma terrestre, tú eres las nubes y no hay otras nubes que tú! En cuanto a Huhenzazi y Niterana no puedo verlas; por tanto, no son altas, y no hay otros montes en el mundo que los que yo empujo todas las mañanas de las profundidades del fango".

"Y la bruma terrestre y los vapores de la noche se alegraron a la voz de las lombrices de tierra que mirando hacia la tierra, creyeron lo que habían dicho.

"Y en verdad que es mejor ser como la bruma terrestre y estarse caliente junto al fango por la noche, oyendo el lenguaje confortable de las lombrices de tierra, y no andar vagabundo por las tristes alturas, sino dejar solos a los montes con su desolada nieve que extraigan todo el bienestar posible de su imponente apariencia sobre las ciudades de los hombres, y de los murmullos de ignorados dioses lejanos que oyen al atardecer.

Los vigilantes de la puerta dijeron: "Entra". Entonces se levantó un hombre que venía de Occidente y contó una historia occidental. Decía:

"Hay un camino en Roma que cruza un templo antiguo, en otra edad, preferido de los dioses; corre sobre una gran muralla, y muy por debajo está el piso del templo, de mármol blanco y rojo.

"En el suelo del templo conté hasta trece gatos hambrientos.

"Unas veces, decíanse entre sí, vivieron aquí los dioses, otras los hombres, y ahora viven los gatos. Gocemos del sol sobre el caliente mármol, antes de que otros vengan.

"Porque sólo en las horas de la cálida siesta podía oír mi fantasía las voces silenciosas.

"Y la espantosa flacura de los trece gatos movió a ir a una pescadería próxima y comprar cierta cantidad de peces. Volví y los arrojé por encima de la baranda que corría sobre el fastigio del muro, cayeron desde treinta pies y restallaron sobre el sagrado mármol con un chasquido.

"En otra ciudad que no fuera Roma, o en la mente de otros gatos cualesquiera, la vista de unos peces que caen del cielo hubieran causado maravilla. Levantáronse lentamente y se estiraron, y luego se acercaron perezosos a los peces. "No es más que un milagro", dijeron para sí.

Los vigilantes de la puerta, dijeron: "Entra".

Mientras hablaban a su manera, orgullosa y pausada, llegó hasta ellos un camello, cuyo jinete quería entrar en la ciudad. Brillaba su rostro al sol poniente, por el cual se guiara largo tiempo hacia la puerta de la ciudad. Exigióle el portazgo. En esto habló a su camello, y el camello mugió y arrodillóse, y el hombre descendió. Y el hombre desenvolvió de entre muchas sedas una caja de diversos metales labrada por los japoneses. Y en su tapa veíanse figuras de hombres que contemplaban desde una ribera, una isla del Mar Interior. Mostró la caja a los vigilantes y, cuando la hubieron visto, dijo: "A mí me parece que unos a otros se hablan así:

"Contemplad a Oojni, la amada del mar, del pequeño mar paternal que no tiene borrascas. Sale de Oojni en el regazo del mar, y apenas si la advierten los barcos aventureros. Nunca volaron lejos sus leyendas sobre las blancas velas, ni las cuentan los barbados caminantes del mar. Sus cuentos de junto al fuego son ignorados en el Norte; los dragones de China nunca los han oído, ni los que cruzan la India a lomo de elefante.

"Los hombres cuentan los cuentos y asciende el humo; parte el humo y están contados los cuentos.

"Oojni no es un nombre entre las naciones; no es conocida allí de donde vienen los mercados ni es mencionada por labios extranjeros.

"Aunque Oojni es, en verdad, pequeña entre las islas, es amada por los que conocen sus costas y sus tierras interiores escondidas del mar.

"Sin gloria, sin fama y sin riqueza, Oojni es muy amada por un pequeño pueblo y por unos pocos más; es decir, no por pocos, porque todos sus muertos la aman aún, y a menudo vienen por la noche murmurando entre los bosques. ¿Quién podría olvidar a Oojni entre los muertos?

"Porque aquí, en Oojni, hay hogares de hombres, y jardines y dorados templos de dioses, y sagrados lugares junto a la orilla, y muchos bosques rumorosos. Y hay una senda que serpea entre los montes para internarse en misteriosas tierras santas donde danzan a la noche los espíritus de los bosques, o cantan invisibles a la luz del sol; y nadie entra en esas tierras santas, porque el que ama a Oojni no quiere robarle sus misterios, y los curiosos extraños no vienen. Nosotros amamos verdaderamente a Oojni, con ser tan pequeña; es la madrecita de nuestra raza y la amante nodriza de todas las aves marinas.

"Y ved cómo, aún ahora, la acarician los suaves dedos del padre mar, cuyos sueños están lejos, en ese viejo vagabundo, el Océano.

"Más no olvidemos a Fuzi-Yama, porque se yergue visible sobre mar y nubes, brumoso abajo y vago e impreciso, pero claro en lo alto, para mirar a todas las islas. Los barcos hacen a su vista todos sus viajes, y las noches y los días cruzan por él, como si fueran viento; los veranos y los inviernos aletean y mueren a su falda; las vidas de los hombres pasan silenciosas. Y Fuzi-Yama observa... y sabe".

Y los guardas de la puerta dijeron: "Entra".

Y yo también hubiera contado un cuento, muy extraño y muy cierto; un cuento que ha contado en muchas ciudades y que hasta ahora nadie ha creído. Pero ya el sol se había puesto, y tras el breve crepúsculo, levantábanse los espectrales silenciosos, en los lejanos y sombríos montes. Una gran quietud se cernía sobre la puerta de la ciudad. Y el gran silencio de la noche solemne era más halagüeño para los vigilantes que cualquier acento humano. Por lo cual nos hicieron señas invitándonos a entrar en la ciudad sin pagar el tributo. Y subimos blandamente por la arena y pasamos por entre los altos pilares de roca de la puerta, y un profundo silencio se hizo entre los centinelas, y las estrellas titilaban serenas sobre ellos.

Cuán poco tiempo habla el hombre y cuán vanamente, además.

Y cuánto tiempo calla. Justamente el otro día hallé a un rey en Thebas que ya lleva cuatro mil años en silencio.



b u e n v i a j e

Don Emilio Vaisse, Omer Emeth, crítico durante más de 20 años de "El Mercurio" de esta ciudad, ha partido en viaje de descanso a su patria.

Esta noticia que a muchos ha humedecido los ojos, nos produce una sincera alegría, pues creemos que honradamente el humanista que pontificó en el decano de los diarios de América no mereció el prestigio conque ciertos intelectuales mediocres de este país han querido glorificar a un crítico que jamás supo orientar a la juventud chilena respecto a la labor de los escritores patrios ni de los extranjeros. Al contrario, Omer Emeth tuvo siempre comentarios despectivos o silenció las obras de los más altos valores literarios de nuestra tierra. Las pruebas son numerosas.

Preguntamos a nuestros intelectuales y a todos aquellos que en un afán de repetir opiniones han querido honrar a Omer Emeth ¿cuáles han sido los poetas nacionales que el ojo zahorí del crítico francés supo descubrir o anunciar ante el país como una esperanza o una promesa futura? ¿Qué nos enseñó? ¿Qué camino supo abrir a la curiosidad espiritual de sus lectores? ¿Qué dijo de Augusto D'Halmar, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Salvador Reyes, y de otros que forman ese grupo indestructible de escritores, cuya labor es un orgullo para nuestra nación?

Si algún día Omer Emeth se refirió a los citados autores lo hizo en son de dómíne o con el gesto de lástima conque el europeo mira el tardío desenvolvimiento de los Hotentotes. Y, sin embargo, nosotros, pobres hombres perdidos en el Sur de este Continente, pese al crítico galo, poseemos en la actualidad los más grandes poetas del idioma. ¡El no los vió nunca! perdido en sus ensimismamientos escolásticos no alcanzó a vislumbrar las zonas siderales de Gabriela Mis-

tral, ni comprendió la agonía de los versos de Paolo Neruda. ¡Ah! El no tenía tiempo para analizar la labor de esta "gentecita" de América. Su conciencia crítica lo llevaba al estudio de cualquier minucia de Francia y cuando solía abordar la obra de un gran poeta como Mallarmé lo hacía de soslayo, con el fin premeditado de zaherirlo. ¡Cómo se habrá referido en su estrella Stephan Mallarmé!

Sabemos que hay un grupo de intelectuales que llorará la ausencia del "Maestro". Nosotros, lo repetimos, celebramos que Omer Emeth vaya a contemplar las bellezas de su tierra natal. Nuestra juventud, la que no cree en los versos fríos y rígidos de don Gaspar Núñez de Arce, ni en las excelencias poéticas del senador vitalicio don Juan Antonio Cavestany, ya había perdido la fé en el crítico literario de "El Mercurio". El pontificaba para "el vulgo municipal y espeso" y era representante de una época intelectual que se caracterizó por la intransigencia e incomprensión de los nuevos valores estéticos.

Se nos ha repetido que don Emilio era un humanista, una inteligencia privilegiada, en una palabra, el Mentor necesario para guiar a la juventud hacia los más altos horizontes del espíritu; pero, aunque hemos tratado de admirar esos dones en su labor, confesamos con una honradez inquebrantable, que ella no puede convencernos. No supo o no quiso Omer Emeth, realizar una tarea perdurable que hubiera sido recompensada con el efecto de todos nuestros escritores: empuñó sus comentarios con ironías sin objetos y pasó ante las más grandes figuras literarias de Chile con los ojos cerrados.

Puede ser que mañana se le recuerde cuando se note su ausencia en "El Averiguador Universal".

Angel Cruchaga.

i m a g e n

Estoy frente al carrousel de los años
marcando con palabras audaces
la ruta ebria de los días.

Entre mis manos se enredan los designios
como la niebla en la línea del vuelo
y la noche en los mástiles.

Estás en mi entraña y te revelas de alegría
como la marea que rompe los límites.
Yo tiro los dados sobre el espejo del canto.

Los sueños pasan sobre mi corazón,

como el cielo sobre las banderas
y el humo sobre las aguas.

Imaginos el hondero de las noches
que clavó todos sus diamantes en el cielo.

Gira en mi honda mi tristeza de muerto.
Soy como la sombra de la llama
sobre la tierra vacía.

Y te recibo totalmente
como los árboles en su silencio,
la vastedad del cielo.

f e r n a n d o b i n v i g n a t

luis david cruz ocampo o la inteligencia activa

Luis David Cruz Ocampo, el culto escritor penquista, está en Europa. Fué a La Habana y concurrió a un Congreso internacional de educadores. Luego ha seguido viaje al otro Continente. La Universidad de Concepción—que es en parte no pequeña creación suya—lo ha comisionado. Permanecerá un par de años en Europa y estudiará diversas materias. Es su destino. Cruz Ocampo ha nacido para estudiar, pero no sólo para eso. Hay hombres que estudian toda la vida y aprenden poco. Los hay también que por estudiar atrofian su vida activa y se momifican. Nada de esto se encuentra en este hombre culto y dinámico a la vez.

Yo lo he visto en Concepción ocupado en mil asuntos diferentes. En su cartera de apuntes una semana se marcaba con cuatro alegatos ante la Corte de Apelaciones. La mañana en el estudio no le impedía leer todo nuevo libro que llegara a la librería de Merino. En la tarde, firma en la secretaría de la Universidad. Una breve visita a la Municipalidad lo ponía en contacto con los colegas de la Junta de Vecinos. Inspección a los servicios Universitarios. Despacho en todas partes de todo género de recados y diligencias, confiados a su prodigiosa memoria. ¿Nada más? Cuando yo estuve en Concepción nada más, porque no había clases. Pero en el resto del año, unas cuantas horas en el Curso de Leyes y otras en las Facultades de la novísima Universidad.

Pero con eso y todo, Luis David tenía tiempo para practicar la cinematografía. Poseedor de una cámara, había sorprendido gestos y actitudes de los suyos en el abandono de la playa de Tomé. Y también lo tenía para estudiar una ciencia nueva: la grafometría. Paralela a la grafología, la grafometría quiere fijar en la letra una serie de movimientos típicos, que son constantes, que no desaparecen nunca. Cada grupo de movimientos, un hombre. Un día, en Santiago, me sorprendió hallar la saludable humanidad de Cruz Ocampo. "Vengo de Valpa-



Luis David Cruz Ocampo

raiso — me dijo—. Me han nombrado perito de grafometría en un juicio de nulidad de testamento. Fué a prestar el juramento de estilo".

No parece darle importancia a las cosas porque una lúcida inteligencia le permite penetrar de golpe al meollo. No necesita hacerle la rueda a nada. No le hace falta el tesón. Las cosas se le entregan. Así pasó, por ejemplo, con la Lotería. La Lotería fué, en gran parte, invención suya. Los primeros sorteos fueron un fracaso. No se vendían billetes y los premios mayores siempre eran cobrados. Don Enrique Molina y los demás impulsores de la Universidad tenían ya verse envueltos en una aventura

judicial. Cuando sólo quedaban doscientos mil pesos, Luis David Cruz intentó el golpe decisivo. Un sorteo con premios más abundantes, para despertar la codicia. Si se fracasaba, era la cárcel segura. Pero Cruz Ocampo, dispuesto a no fracasar, salió en persona a vender billetes en las calles de Concepción y en las ciudades vecinas. Lota, Coronel, Curanilahue, Talcahuano fueron los coautores de ese éxito. Porque fué un éxito, el primero de la serie que no se interrumpe todavía. Hoy la Lotería es el dios de la multitud y permite el desarrollo de la Universidad pencona.

Dentro de ella hay dos actividades a las cuales ha entregado Luis David Cruz mucho de su esfuerzo. Una, la Biblioteca; otra, la revista "Atenea". Hoy estudia en Europa la manera de organizar modernísimamente la Biblioteca y la de aprovisionarla de todo libro nuevo de interés que se publique. Encargado de la catalogación, espontáneamente, sin haber hecho estudio previo alguno, descubrió la catalogación alfabética por autores y por materias. Completó su plan, creó tipos de fichas, encarriló un trabajo ingrato y pesado como pocos, con un acierto sorprendente en quien nada había sabido antes de las fatigosas prácticas bibliográficas. En "Atenea" su contribución ha sido no menos preciosa. Es cierto que hace mucho que no escribe porque sus actividades lo han absorbido. Pero eso no lo aleja de la revista, por cuya marcha se interesa en cada momento.

Luis David Cruz — como no ignora nadie — está dotado magistralmente para la crítica literaria. Tiene vastas lecturas y a su inteligencia rica y profunda une un discernimiento nada común. El rasgo saliente de su obra crítica es la percepción del error. No nos hallamos ante un simple reparador de voces, pero sí ante un hombre que en la multitud de ideas que un libro contiene sabrá, siempre, relacionar las que casan y notar como desemejantes o incompatibles las que en realidad lo son. Es

un crítico como lo son a menudo los ingleses. Crítico de lo que un libro contiene y sugiere. No de lo que el libro debe ser o quiere — en la intención del autor — llegar a ser.

Esta aptitud — y creo que la observación no se ha hecho hasta hoy — es la base de su "Intelectualización del arte". Como se sabe, este libro, breve y denso, es un reparo al de Ortega y Gasset, "La deshumanización del arte". Cruz Ocampo recoge los datos que el crítico español lanza en su obra; los adiciona con oportunas observaciones que escaparon al análisis del peninsular (la parte de literatura comparada es sobresaliente en el libro de Cruz Ocampo), y extrae de todo ello conclusiones muy diferentes. Las razones de nuestro compatriota son excelentes. En el libro hace mucho peso el tono dialéctico del estilo, que siempre levantadamente construye junto al edificio estético de Ortega y Gasset, otro basado en los mismos cimientos, pero de orientación muy disímil.

Es muy sensible que hombre tan bien dotado como Luis David Cruz, no cultive con más frecuencia la disciplina para la cual fué preparado por una inclinación natural. En él hemos saludado íntimamente una de las cabezas mejor organizadas para la crítica literaria, a cuyo servicio hay una cultura muy amplia y muy actual. Pero a este hombre activo, dinámico y apasionado todo le interesa. Los demás lo saben, y por eso van progresivamente encomendándole trabajos ajenos a las letras que le quitan el tiempo que pudiera consagrar a éstas. No pretendo en modo alguno disminuir la importancia de las ocupaciones extraliterarias de este escritor. Pero es en verdad sensible que por ellas nos veamos privados de su obra. Tal vez su viaje, que le servirá para acendrar su cultura y ampliar sus puntos de vista, le permita descansar en las letras. Es lo que esperan todos cuantos lo admiran.

RAUL SILVA CASTRO.

p r e t é r i t a

Pedacito de música,

Recordarás que engarzaba tu canto en la primera página del día.
 Aquellos horizontes nunca huyeron, lo bastante para ser admirables;
 Entonces todo venía estrujándose como en un coro de campanillas alegres;
 Teníamos los ojos tan llenos de cielo, que nos rozábamos con el alba.
 Nuestra visión era lo mismo que las nubes y las golondrinas.
 Los días seguían mirándose como los espejos frente a los espejos.
 Pedacito de música, nunca supimos nada.

Después en los violines del otoño cayendo las notas precisas.

En nuestro paisaje cabía una montaña de plata y un bosque romántico.
 Mi grito de hombre surcaba otros cielos días oscuros, noches vibrantes.
 Horas intensas como grandes máquinas laboradoras de almas,
 Bocas sensuales mordiendo la boca y la vida.
 Una sombra fuerte sobre cada palabra fraterna o de odio
 Y encima de todo más oscuro pero también más sincero el corazón.

Pedacito de música, yo lo tuve todo:

Los puertos me dieron la gracia del amor inconstante y ligero
 Y los poblachos de las alas rotas su ritmo profundo y anónimo.

Pedacito de música, ¿recordarás?

Entonces teníamos los ojos tan llenos de cielo
 que nos rozábamos con el alba

impresiones del criollismo el imaginismo

por Lautaro Yankas.

Para el proselitismo manifiesto de nuestra vida literaria — autores y lectores — la sola mención de la palabra criollismo ha de suponer la presencia ineludible de otros vocablos — irrealismo, imaginismo — enarbolados sin merma en diarios y revistas, en intento de divorcio y libertad creadora, proyectada en sentido opuesto a las señales de nuestra literatura tradicional.

¿Es el criollismo literario la interpretación de paisajes y tipos, según un canon que recomienda veracidad extrema, enfoque riguroso, sin desdeñar nada y, al mismo tiempo, sin exagerar el motivo de la interpretación? Interpretar tiene aquí el alcance de versión, de aclimatación en nueva materia, de imitación en todos los grados del temperamento. Muy otro es para el espíritu de este artículo el espacio de la creación.

Durante los últimos treinta años, nuestra literatura ha crecido en atmósfera de malestar, entre sombras denodadas y fatigosas, decidida, no obstante, a darnos prueba elocuente de la belleza de nuestra tierra y de la gracia varonil de nuestros tipos. Franca y dolorosa iniciación. Es excesiva la producción malograda, excesivo el número de páginas admirables trasapeladas en volúmenes mal compuestos, apretados de paciencia, de detalles que en otras circunstancias hubieran sido preciosos.

América latina toda ha caído en este pecado de bisonismo arriesgado, de indisciplina sin genio. Una que otra vez el temperamento, condición universal encendida sobre cualquiera tendencia o escuela, ha logrado reflotar obras cuya disposición de conjunto, lejos del mínimo y primordial equilibrio, no alcanzaba las proporciones exigidas a la creación libre, tortuosa y magnífica.

Falta a los sudamericanos la herencia espiritual efectiva. Esta latinidad nuestra carece de médula, de fibraje y raíz nutritora. Es hojarasca burda y entraña indefinida, afinada, purificada a veces por la cultura. España, hay que decirlo, nunca fué generoso maestro de latinidad. Sólo ahora, con el advenimiento de la generación novecentista-Ortega y Gasset y los nuevos de la "Revista de Occidente" y "La Gaceta Literaria" — ha conseguido irradiar su noble valía espiritual.

La escasez de pasado guía, de norma superior y persuasiva, nos hace precipitados, estrechos o desmedidos. En estas condiciones el temperamento rebasa o se apoza sin provecho.

Muchos libros de ambiente nativo, impresos en los últimos años tienen poco o nada de lo que pretenden ser, esto es de novela o cuento, y mejor se ubican en el folklore, género que para los extranjeros que nos visitan o nos siguen de lejos, no pasa de ser una curiosidad, más o menos interesante.

Las supersticiones y mitos de nuestro campo son venero inagotable para la novela o el cuento, distintos en mil aspectos de la reproducción paciente y fiel, engastada, si se quiere, en buen estilo. Por otro lado, cualquier asunto de la vida campesina real es tema de epopeya, dadas las condiciones de nuestro paisaje y la

naturaleza del alma nativa, esencialmente ágil y fuerte.

La tierra americana, múltiple, espléndida, artera, ha sido, como es natural, tentación inmediata de los escritores nativos, deseosos de independencia y de valorizarse contra la invasión de literatura extranjera en estos dominios todavía mal cultivados, y a veces vírgenes. Ha brotado, pues, con ansia de selva nueva, esta literatura ruda y pasional, sin pudores ni sutilezas.

En Norte América está Bret Harte. Nos trae los primeros hombres de lucha en aquellas tierras de aventura, recoge la tragedia de los buscadores de oro, y a veces juega al humorismo en algunas leyendas de la evangelización española. "Hé ahí sus "Bocetos Californianos" y aquel frutivo "Monte del Diablo". Jack London, a la entrada de este siglo, campea de Alaska a California con su clara y recia visión de la naturaleza feroz y admirable, y su asombrosa intuición de la vida animal, amiga u hostil. En verdad, no es fácil encontrar hasta ahora un narrador mejor dotado que London, un intérprete más luminoso y audaz del esfuerzo humano en lucha diaria con elementos desatados.

En esta literatura del norte, principalmente la de London, el aliento cósmico va en juego constante — vida y muerte — con la voluntad humana, secundada por el maravilloso sentido de agunos animales. Literatura de acción, de empuje, de vida decidida. Norte América inicial.

Entramos en Méjico, América Latina. La topografía mejicana, acaso única en el mundo, ha fraguado un alma nacional encontradiza, sinuosa, encendida, fiera. La expresión épica del pueblo mejicano está señalada felizmente en "Los de abajo", el brioso libro de Mariano Azuela. Combustión intensa, destrucción constructiva y pasional, galope, descanso jadeante, y vuelta al galope arrollador. Tal es el alma de esta cálida novela.

No cabe comparar "La Vorágine", de José Eustacio Rivera, así como "Don Segundo Sombra", del argentino Güiraldes, con el notable libro de Azuela. En él la técnica simple y original se aúna firmemente con el temperamento. Mayor contenido de vida racial, de paisaje útil, de vida humana y universal en botijo mejor plasmado no lo hay en otro país de América Latina. Nadie negaría a Rivera su sinfónica sensación de la selva tropical, donde corre, resignada o enloquecida, la miseria de miles de hombres. Güiraldes nos da también en su mejor libro páginas luminosas de la pampa. "Don Segundo Sombra" tiene sí, muchísimas páginas fatigosas e inactivas donde canta el vacío o la paciencia. Se nos ofrece en esta obra un enfoque de gaucho en contacto con la vida que lo presiona y lo empuja a recorrer pagos y más pagos. Débil, flojo y nebuloso es este aliento gaucho de Güiraldes, como pasado en cedazo fino y elegantón. En cambio, el diálogo es tan abundante y recargado que a veces resulta intraducible, aún para nosotros. Mejor fundido en el ambiente, más legítimo criollista, menos restringido y con claro sentido de lo universal, nos parece Horacio Quiroga, el notable cuentista.

Carecemos los chilenos de la obra nacional, pero no sería prudente lamentarlo. No debemos negar la existencia de algunos intentos, inadecuados por presunción y desconocimiento cabal de ambientes y tipos. Seguramente, no basta mirar desde fuera la vida esencial de la raza, acodándose cómodamente en la barandilla del turista, mientras el caudal escapado ruga a nuestros pies. La obra verdadera y medular puede obtenerse mediante la combustión profunda de la naturaleza nativa en el temperamento. Identificarse, fundirse, ser el ritmo y el aliento de un cuerpo que no es el nuestro, y que nos domina y absorbe en trance de expresión.

Huyendo de la obra folklórica, algunos escritores chilenos han saltado al extremo opuesto para darnos una pintura de tipos que los autores suponen chilenos de verdad.

El aspecto que hace menos viable nuestro canje literario con Europa es el procedimiento que empleamos en el diálogo criollo. Un verismo objetivo formal, en afán de chilenedad fiel. Naturalmente las páginas se recargan de frases campesinas o arrabaleras, según el caso, y las palabras aparecen mutiladas y deformes en beneficio de un mejor acoplamiento. A menudo, estas frases enfiladas a gusto del escritor son muy ajenas al sentido que les dió el huaso o el roto a quien se las oyó de pasada. Son en muchos casos, arreglos falseados, sin sentido criollo.

Y lo realmente valioso en el diálogo criollo es el sentido, la intención, entornada casi siempre. Nada más interesante y revelador de la mentalidad nativa que este juego de imágenes con que se envuelve un "doble sentido", y esos silencios huraños, felinos, que ahondan la conversación campesina. Sin duda está lejos de la pretendida verdad el libro saturado de "frases oídas". Es preciso conocer a fondo la vida nativa, hablar la jerga rústica para advertir su parquedad sugerente y rica. Siendo gran imaginativo, teniendo mucho sentido de lo grotesco, el campesino es enemigo de la verbosidad inútil, como el roto auténtico, divertido y temible.

Esurridiza, inquieta y sorprendente es la intención del nativo rústico, y por consiguiente, imposible de acomodar en frases desgajadas a menudo, sin correlación, con escenas y estados de alma señalados previamente por el escritor. La intención rústica es en general irreductible. La destreza campesina en este sentido es comparable a la ironía en el lenguaje culto, cuyo alcance es infinito, como infinito es el deleite que procura al feliz mortal que la posee.

Hace falta, pues, a mucha de nuestra literatura, el don de ambiente, la intuición asimiladora. Y en seguida la interpretación sintética, esencial, del lenguaje criollo en formas legítimas y traducibles.

Existe otro medio, ya en uso, de hacer literatura "nacional". Junto a la descripción más o menos fiel de ambientes, está el enfoque de tipos que visten como los nuestros, pero cuyo lenguaje ha sido total invención del escritor. No se trata ya de frases cogidas aisladamente en la puerta de los ranchos, sino que se pone en boca de los tipos frases elaboradas que el huaso o el roto desconocen. Es un estilo de diálogo muy traducible a otro idioma. Para el lector chileno carece de honradez. Nadie puede negar que nuestro público está harto del criollismo groseramente recargado; pero no le demos en este trance un guiso desabrido y artificial, aunque luzca en plato de calidad.

Nuestra literatura tiene lejanías espléndidas. Hay en actividad temperamentos bien dotados. Falta realizar con disciplina — disciplina personal y novísima que puede parecer desequilibrio

— con implacable autocrítica, como único medio de conseguir el sentido de la obra bien hecha, el ejercicio de la creación robusta, válida en toda parte.

Mientras el criollismo evoluciona y se renueva en una pléyade de temperamentos audaces y sólidos, se enciende en nuestra literatura un propósito de creación novelesca apartado en todo del realismo. Una atmósfera sugerente, una floración de motivos caprichosos, simples o complejos, proyectados sobre lo inesperado. Poco importa a los nuevos corceles la particularidad regional, la huella nacionalista. Generalmente, en este alado procedimiento de belleza las condiciones de ambiente sirven, transmutadas en decoración flotante y poética, a un argumento bien orquestado por sutil juego de análisis. La imaginación es el fondo suntuoso de esta literatura. Allí renuévanse las decoraciones, se ilumina la intuición, se diseñan las figuras con líneas de lírico movimiento, se suceden las escenas, ágiles e inesperadas.

Literatura simpática y airosa, el imaginismo, como lo han llamado algunos, consigue a veces acrobacias que rompen la comodidad del lector acostumbrado a la prosa rancia, mientras refresca la emotividad ejercitada del nuevo público. Tendencia nueva en nuestro país, filtrada a veces, por desgracia, de influencias nórdicas y de otras latitudes literarias. Plena de atisbos y de noble belleza en muchos casos, exploradora apasionada de lo maravilloso, reveladora del yo en todas sus fases sorprendentes y de las formas de la sensibilidad a su alcance. Apostolado de la fantasía y del "juego a la emoción". Su meta es la belleza, sin rudezas ni contactos pringosos. Pero... ¿No es allá adonde caminan todas las literaturas, aún el naturalismo? Es el postulado universal: minimum de materia inútil en esta ascensión apuntada hacia el lirismo.

El espacio actual está rayado por rutas literarias innumerables. Arrancan la mayor parte de la vida inmediata, de su interpretación severa o humorística, tranquila o arriesgada. Las otras ondulan lejos y queman sus términos en el sol. ¿Cuál es la mejor? Proust, Dos Pasos, Wells, Boris, Pílniak, Thérive, London, Joice, Morand, Stevenson, Rosny, Virginia Woolf, Karin Michaelis?... Realismo, realismo impresionista, fantasía...

No podría en Chile surgir controversia entre quienes dan vida a los dos aspectos interesantes de nuestra literatura. Comúnmente, las escuelas literarias — Francia es ejemplo expresivo — sólo sirven para encender la apoteosis de un cerebro despótico sobre un grupo de mentalidades de arrastre. "Una escuela literaria — dice Francis de Miomandre — es una fórmula, algo puramente exterior y contrario al temperamento.

Criollismo y fantasía pueden desarrollarse en esta tierra, sin propósitos doctrinarios. Son tendencias valiosísimas por las sorpresas que prometen. Saludables ventanales encuadrados hacia todos los horizontes, en viva sed de realizaciones ascendentes.

Vitalidad creadora y disciplina — nada de disciplinas estáticas — condiciones de un arte nuevo en América.

La preeminencia ineludible del temperamento sobre fórmulas o tendencias resuelve sin esfuerzo el dilema de lo criollo o nacional y lo imaginario o etéreo. El temperamento máximo romperá siempre todas las fronteras, poco importa que sus medios de avance sean la inmediata realidad o lo abstracto.

don samuel a. lillo y su "literatura chilena"

Hace algún tiempo, al llegar a la librería Nascimento, encontré a don Samuel Lillo conversando con don Carlos Jorge. El editor, que, como todos sabemos, es un hombre cordial y efusivo, se apresuró a presentarme:

—Don Samuel, ¿no conoce usted a Salvador Reyes? Es uno de nuestros escritores... etc., etc. Pídale los datos para su historia...

Don Samuel me miró de reojo y dijo:

—Sí, algo he leído; pero estos jóvenes no quieren saber nada con nosotros, los viejos. Sin embargo, nosotros les hemos abierto el camino; nosotros nos hemos llevado los palos y ahora ellos disfrutan.

Yo, que como buen tiburón me di cuenta a tiempo de que aquellas aguas estaban viciadas, hice unos cuantos gestos vagos y me marché, sin dar datos, ni nada.

Ahora, hojeando (¡porque cualquiera se la lee íntegra!) la "Literatura Chilena", de don Samuel, pienso que si este buen caballero se ha llevado palos en otra época para abrirnos el camino a nosotros, esos palos no han sido nada comparados con los que se va a llevar —y se está llevando ya— por la publicación de su incongruente tomo de 592 páginas, lleno de errores y de absurdos. Además ha pensado que, don Samuel, convencido de que nosotros estamos disfrutando locamente en el ambiente de cultura creado por los viejos, ha querido amargarnos este disfrute disparándonos por la cabeza el fardo de papel donde ha impreso sus divertidas apreciaciones sobre los actuales valores literarios chilenos.

Ya Hernán Díaz Arrieta, en un bien sereno y documentado artículo en "La Nación" del Domingo 20 de este mes, redujo a polvo la obra de don Samuel y demostró claramente la nociva influencia que se desprenderá de ella para el conocimiento exacto de nuestras letras en los colegios y en el extranjero. En la revista "Índice" (número de abril), también se dedica un artículo a combatir al improvisado historiador. Seguramente a éstas han de seguir muchas otras críticas adversas, puesto que el libro de don Samuel colma ya la medida de nuestra tolerancia.

Se ha hablado repetidas veces de la bondad humana de este caballero y, efectivamente, es un hombre tranquilo, excelente persona en su hogar y en el círculo de sus amistades. Su bonhomía sale a luz en su figura plácida y en su rostro amable al cual ni la barba logra imprimir carácter austero. Se ha hablado también de su labor como secretario eterno del Ateneo, pero los elogios que en algunas ocasiones se le han tributado por este último aspecto, han sido únicamente elogios de una mal entendida diplomacia. En efecto, hace ya muchos años que todo escritor de valer del país se ha apartado del Ateneo y que esa tribuna no se ocupa sino con mediocridades o fantoques gritones, dispuestos a atrapar renombre a toda costa.

El Ateneo y don Samuel han llegado a identificarse: ambos son cosas pasadas de moda, limitadas con un criterio rutinario y mezquino. La "Literatura Chilena" que, según reza su carátula es "obra aprobada por la Facultad de Filosofía y Humanidades y adoptada para la enseñanza en los establecimientos de Educación Secundaria", viene a confirmar lo que decimos.

Es imposible en un artículo señalar la cantidad de errores y de juicios torpes y vacuos que

don Samuel cuenta en su obra. Anotaremos de una manera sumaria sus características principales.

Desde luego, este buen señor no define a ningún escritor, situando las características de su obra de manera que el que lea logre formarse juicio. A los poetas, cuando los elogia, los llama "delicados", a algunos novelistas los señala como "vigorosos", de otros dice que son autores de "bellos cuentos". Nunca encontramos la apreciación firme y personal; sólo la frase de cajón, el adjetivo que anda por ahí en labios de cualquier patán.

Tampoco don Samuel relaciona las tendencias ni sigue el camino de las evoluciones; no contempla la correspondencia que puede haber entre la obra de una generación con el medio ambiente, ni con las características raciales. Nada de eso. Suelta juicios a diestra y siniestra, agrupando a unos y a otros en informe montón: Ruperto Tapia Caballero y Vicente Huidobro, Samuel Fernández Montalva y Tomás Lago, Berta Lastarria Cavero y Juan Guzmán Cruchaga...

¿Para qué distinguir, no es verdad don Samuel? ¡Echemos no más al lote!...

Yo no pretendo amminorar el mérito de nadie, don Samuel, pero ¡hágame el favor! hay una pequeña diferencia entre González Vera y el señor Enrique O. Barbosa!... Además, comprendo que Ramón Ricardo Bravo es una excelente persona y un hombre que trabaja con gran tesón, pero no hablemos de los "delicados poemas líricos" de Ramón Ricardo, después de calificar los versos de Pedro Prado de "defectuosos y prosaicos"...

Al hacer esto, don Samuel, se hace usted acreedor a una frase que yo no me atrevo a escribir por no ser irrespetuoso. Al fin y al cabo usted es un anciano sesudo y yo no soy sino uno de esos jovencuelos que usted desprecia...

Veamos ahora cómo son los juicios de nuestro historiador y crítico. Pongámonos en el caso de un alumno o de un extranjero que quiere formarse un juicio de la obra de D'Halmar. Abramos la "Literatura" de don Samuel en la página 545 y leamos: "Augusto D'Halmar, Valparaíso. No terminó sus estudios de humanidades..." Y detengámonos aquí a considerar que don Samuel le da una importancia capital a los estudios de humanidades en la labor de un escritor, importancia desmentida por el hecho de que el mismo don Samuel terminó sus humanidades, es abogado y profesor y... ha escrito esta "Literatura Chilena" que es como una piedra que se hubiera amarrado al cuello para echarse a nadar.

No define en absoluto la actitud literaria de D'Halmar, no interpreta sus libros. Dice que fué cónsul, que vive en Madrid, que escribe correspondencias para los diarios y... que no terminó sus humanidades.

Y así de todos.

Luego, lo más curioso es anotar la cantidad de personas completamente desconocidas en nuestras letras y que, gracias a don Samuel, entran de golpe y porrazo en ellas. Hallamos, por ejemplo, nombres como Francisco A. Machuca, Roberto Espinosa, Alberto Lara E., Delie Rouge, Ana Neves, Rosamel del Solar, Oreste Serrato, etc. Algunos de estos autores han escrito libros técnicos o didácticos que, por ningún motivo, les dan patente de literatos.

En cambio, en este cúmulo de nombres donde "no son todos los que están", faltan escritores de

obra positiva como: Pablo de Rockha, Rosamel del Valle, Raúl Silva Castro, Alejandro Baeza, Jacobo Nazaré, Alberto Rojas Giménez, Hernán de Solar, Alfonso Reyes, Jacobo Danke, Luis Enrique Délano...

Y conste que no escribo estas líneas porque don Samuel se exprese despectivamente de mí.

No, no he escrito este artículo por lo que a mí se refiere. (Tengo perfecta conciencia de lo que hago y estoy tranquilo en este punto), sino porque, en todos sus aspectos, estimo el libro de don Samuel nocivo para nuestra cultura.

Salvador Reyes.

dos poemas de jacobo danke

MILA Y SUS PRISIONES

Sin duda que Mila duerme o aparenta dormir. Es posible todo. Pero, lo cierto es que está a mi lado y que es lo mismo que si no estuviese: tanto se aleja de mí. Porque ella es una viajera empedernida, tiene un itinerario ancho y dificultoso para el que no la conoce.

Cuando empieza su vagabundo, los ojos se le vuelven dos pequeños atlas verdes y en la boca demuestra unas sílabas que no dice; pero fácilmente uno descubre las cinco letras de la palabra inevitable en las despedidas. Así es.

—Mila, niña...

¿Qué haré yo? Nada, nada. La invité a venir conmigo hasta la playa, a golpearnos con el viento del mar, a sentirnos libres alguna vez siquiera frente a la mancha infinita y móvil. Sin embargo, me abandona; sí, me deja con una mano entre las suyas y se va absolutamente extraña, rara, pues de ese modo efectúa sus desapariciones repentinas.

A pesar de todo, soy amigo de perdonarla. ¿Cómo no me alegraré de imaginármela más allá de este continente, colocando en su álbum tan dorado como el otoño, una y otra y otra fotografía del mundo? Y es que yo sé que no vencerá ni menos desvanecerá nunca esa tristeza suya de caminar junto a la lluvia por los muelles y las dársenas de Calcutta, de pararse a la orilla de las primaveras escandinavas y de blanquearse los cabellos bajo los manzanos de Kioto. Es por aquello que la perdono. Nada más.

—Mila, niña...

En fin. Mila, sin duda duerme o aparenta dormir. Es posible todo. Mas, ¿quién la salvará de la ruina? ¿Quién la arrancará de la nostalgia que no admite merodeos? Un paso, dos a lo sumo, y el círculo vicioso redondeará en el suelo. El ARTE la anillará con su argolla de esponsales. Y entonces, ¿qué será de ti, mi enfermiza "globe trotter" cerebral?

PEDRUZCOS AL FONDO DEL POZO

Llevemos o no algo pendiente de nuestros sentidos, es necesario recibir otros llamados, distantes o lejanos, pero hay que recibirlos. Y es así como detrás de algún viejo retrato, cesa tu tiempo nuevo, aparece el que ya había resuelto tu antigüedad en las hojas desmenuzándose por la lluvia, hojas de otra estación, pisoteadas por el tiempo que vuelve con los zapatos gruesos de lodo.

Hay días en que el recuerdo es lo único que se determina a nuestro alrededor. Y la imagen desenterrada surge como venida de otro sueño distante al de la vida en continuo volteo diariamente y siempre igual. Huele a reliquias en herencia y polvo viejo allí donde se inclina el corazón torpe, bajo el atractivo de lo que pudo alguna vez serle más grato que la sonrisa de hoy, que el gesto grave de la actualidad cambiándose de sitio para que pasemos.

Piensa en el pañuelo que se cae de las manos de una extranjera dominando sus sollozos a la orilla del muelle; en el tropiezo que te dió aquel despreocupado, o en el perfume que sentiste, no bien tomaras la dirección de un deseo puesto en fuga ¡Ah, qué poco dueño de tí fuiste entonces! Reconócelo y continúa inclinándote sobre el objeto perdido desde que volvieras al control de tí mismo.

Yo digo: EL INVIERNO SE LLEVA AL VIENTO EN DIRECCION DE OTRAS COSTUMBRES. Y basta para que mi memoria se esconda dentro de un subterráneo partido en dos por un hilo de sol. También una fecha cae al fondo del pozo oscuro de lo sucedido. Y hasta un nombre y la enfermedad de un rostro joven, pasan a figurar en la galería de cosas irremisibles que se me ha ido formando poco a poco, con la más dura inhospitalidad.

J. D.



los poemas de milosz

por Francis de Miomandre

PARIS, marzo de 1930.

Gracias a los buenos oficios de un joven editor, inteligente, emprendedor y preparado, los poemas de Milosz, hasta ahora dispersos en folletos y colecciones inhallables, van al fin a volverse accesibles al público. Toda insistencia me parece poca para ponderar la importancia de este acontecimiento, cuyo alcance extraordinario no parece advertir hasta hoy la crítica. Es que M. O. V. de Milosz, es uno de los poetas más considerables de nuestra época, si no es el más grande después de Baudelaire. Merecería la gloria si no supiéramos, precisamente, que las obras de cierta calidad, de cierta densidad humana, están condenadas casi siempre a esperar la consagración del tiempo. Por lo que a mí hace, me enorgullece no haber esperado largos años para admirar los versos de Milosz; pero yo debía estar considerablemente adelantado respecto de mi época, porque mis comentarios más entusiastas no han encontrado hasta ahora más que débiles ecos. Quizá la culpa consista también en la dificultad en que se veía el público para conseguir las obras publicadas en ediciones muy limitadas y casi en seguida absorbidas por las bibliotecas particulares. Sea como fuere, la edición de "Poèmes" (J. O. Fourcade, París) pone fin a esta situación casi escandalosa, y puedo, sin temor alguno, recomendar a mis lectores un libro que no contiene, como lo verán, más que obras maestras. Sólo siento una cosa: la severidad con que ha sido hecha la elección. De los siete libros líricos de Milosz, sólo se han sacado treinta y dos piezas. Con todo, ellas bastan para dar idea de la evolución del poeta, desde la extrema juventud hasta su poderosa y magnífica madurez. Por variados que sean su sentimiento y su ritmo, es fácil advertir la unidad que presenta la línea implacable que siguen durante treinta y dos años de una vida enteramente consagrada a la busca del hombre interior. Busca ardiente y dolorosa, incoherente al principio, hasta llena de rebeldía, y luego poco a poco apaciguada hasta una serenidad en cierto modo iniciadora.

Lo que caracteriza esencialmente a Milosz es la profundidad. Jamás es hueco ni trivial. Jamás se contenta con una expresión fácil, con una imagen usual. Vuelve a crear toda su propia substancia, da a todo lo que hace un acento a la vez personal y universal, altamente clásico. Según su propia expresión, se jacta de escribir con el alma de las palabras. Así es que jamás emplea ninguna que no vaya hasta el fondo de su pensamiento, y ese pensamiento siempre es una emoción. Lo que para otros sólo sería una imagen o una idea, para él se mezcla de un mo-

do íntimo y orgánico con la substancia misma de su ser, como si su persona le hubiera sido dada con el objeto de hacer una experiencia, la más alta experiencia humana posible. En sus poemas se sigue, paso a paso, la historia de una alma sometida primero a las torturas más atroces del amor, y luego, descendiendo por grados, gracias a ese dolor, va a otro amor que, a su vez sólo al principio concede una serenidad que después hay que reconquistar a fuerza de nuevas torturas más terribles aún que las precedentes.

A decir verdad, Milosz no es solamente un poeta: es, además, un metafísico, un místico. Siempre ha aspirado con todas sus fuerzas hacia cierto estado del conocimiento, que parece haber alcanzado hoy de un modo definitivo. Pero lo que apasiona en su caso, es que no ha llegado a ese estado mediante una fría fórmula abstracta. Para llegar comprometió todas las fuerzas vivas de su ser. Se entregó por completo. Arrojó dentro del crisol todos los preciosos elementos de una naturaleza rica como ninguna, como un alquimista de especie superior que, para hacer oro, misterioso objeto de sus esfuerzos, se hubiera dejado consumir a sí mismo por el fuego. Muchos episodios de esta patética aventura interior permanecen ocultos para nosotros: a lo sumo podemos entrever cuán dolorosos fueron: "Mi túnica de paciencia me abandonó girón tras girón", confiesa en "La Nuit de l'adepte". Y las "Symphonies", la "Confession de Lomual" dan a conocer, como a relámpagos, ese trágico desgarramiento, esa gestión sobrehumana.

Las otras dos colecciones de Milosz, "Ars Magna" y "Les Arcanes", nos describen la alta cumbre espiritual en que se agita hoy su magistral pensamiento. No creo que sea posible llegar a su altura, no creo que sea posible comprenderlo bien si no se han recorrido antes las etapas humanas de esa ascensión. Y esas etapas están en los "Poemas". En ellos se verá cómo trepa un hombre predestinado esa pendiente escarpada, despojándose sucesivamente de todo lo que le estorba y lo recarga, de todas las alegrías y de todos los consuelos concedidos a los seres extraordinarios, pero que él debe sacrificar si quiere llegar a la meta.

Es incontestable que la humanidad actual persigue otro ideal y que toda su inquietud, de manifestaciones tan trágicas, procede de que aún no lo ha encontrado. Esto me hace pensar que Milosz le parecerá algún día como el poeta que necesitaba. Porque lo habrá dicho todo "antes", ofreciéndose en holocausto. Es, en toda la fuerza de la palabra, un precursor.

hora de miguel de unamuno

Acaso se define la múltiple y polémica personalidad de don Miguel de Unamuno, diciendo de él que, por sobre todo y ante todo, es un poeta.

Un poeta que, como el Alejandro Gómez, de su novela inolvidable, es nada menos que todo un hombre.

Un hombre a quien no ha faltado ni la aureola del martirio para hacer resplandecer sobre sus sienes pálidas la veneración laica y civil de todo un pueblo que, en una hora crítica, vió en él a su único pastor y a su único profeta.

Poeta en prosa y verso, el sentimiento civil se exalta en él a un plano religioso. En sus novelas, en sus ensayos, en sus poemas, en sus dramas, hay que admirar siempre al hombre Miguel de Unamuno, el hombre de carne y hueso, proyectando sobre el mundo su trágica agonía, la agonía que es la lucha de su corazón, que dice que sí mientras el cerebro le dice que no; la agonía del hombre que no quiere morir, que tiene hambre y sed de inmortalidad y que, sin embargo, sabe que debe morir.

Tal es la angustia metafísica que el noble maestro de Salamanca siembra en su obra recia y ondulante, que abarca todos los géneros literarios, sacudiéndolos todos con el mismo acento patético inconfundible. Hasta cuando hace filología. Unamuno es poeta. Porque lo que en otro sería mero ejercicio erudito, en él se torna labor creadora, o, más bien, recreadora, como en una nueva génesis del lenguaje.

La juventud literaria de España ha rendido al maestro un homenaje grandioso, henchido de sentido civil. Que la difusión de sus páginas más ecias y potentes sea el homenaje nuestro en esta hora en que se hace luz en torno a su sombra magistral.

ROBERTO MEZA FUENTES.



MIGUEL DE UNAMUNO

LA HUELLA DE LA SANGRE DE FUEGO

¡Seguidme! ¿Qué? ¿No veis la ruta acaso? no oís mi voz? tembláis ante el desierto? las estrellas no veís? Va vuestro paso sin rumbo cierto!

¿"Dónde está—respondéis—, dónde el camino? No bien pasas se borran de él tus huellas, y no hemos de esperar nuestro destino de las estrellas.

Siembra algo en él, pues vas tú muy de prisa. Clava de trecho en trecho piedra de hito buscárnoslo equivale a la requisa del infinito!

Pero es que aquí nada tengo ahora a mano, nada con que marcaros vuestro rumbo; habréis de caminar al azar vano, de tumbo en tumbo.

Pero, sí, esperad, traigo un cuchillo, sangre en el corazón, fuerza en el brazo, señalaros sendero me es sencillo, con firme trazo.

¿Lo veis? Con él me rasgo las entrañas, las derramo fundidas en el suelo, conmigo irá la huella, a las montañas, subirá al cielo.

De mi sangre podréis seguir el hilo, por donde voy sangrando es la vereda, y allá donde yo muera es vuestro asilo, y allí se queda.

Voy sembrándome yo todo y entero por llano, monte, piedras, polvo y lodo, yo, yo mismo, yo soy vuestro sendero, tomadme todo!

De la divina estrella que es mi norte, la luz toda en mi sangre aquí os dejo, no la veís como brota, no os importe, ¡yo soy su espejo!

Nunca, alma desdeñosa, tú, cobarde, buscaste adormecerte en el sosiego; deje tu corazón que en sangre arde, rastro de fuego!

Agua sacó Moisés de dura roca,
yo quiero con mi sangre marcar hierra,
fuego quiero que caiga de mi boca
sobre la tierra.

Sangre de fuego que la roca escalda...
¿la montaña os estorba? un trabajo
de dolor me costó, mas veo su falda
quebrada en tajo.

Esa estrella que allá, desde la cumbre,
frío, apagado os demanda su destello,
metiéndome al corazón toda su lumbre,
sangra por ello!

“Una de tantas—me decís—, se anega
su luz del cielo en el inmenso coro”.
No sabéis ver; la inmensidad os ciega
con polvo de oro.

Vosotros no tenéis estrella propia;
la polar, a su vez, se os oscurece;
tenéis que caminar sobre la copia
que en mí florece.

Quien la estrella no ve si hace día,
ni de su dulce luz siente la brasa,
dentro del pecho, no puede ése ser guía,
quédese en casa.

Os dejó de mi sangre en el reguero
la luz, cernida en mí, de esa mi estrella,
ved cómo a quien debéis vuestro sendero,
no es sino a ella.

(DE POESIAS).

EL SEPULCRO DE DON QUIJOTE

Si quieres, mi buen amigo, llenar tu vocación debidamente, desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia, y no son sino mezuquinos remedos del arte y de la ciencia verdaderos. Que te baste tu fé. Tu fe será tu arte; tu fe será tu ciencia.

He dudado más de una vez de que puedas cumplir tu obra al notar el cuidado que pones en escribir las cartas que escribes. Hay en ellas, no pocas veces, tachaduras, enmiendas, correcciones, jeringazos. No es un chorro que brota violento, expulsando el tapón. Más de una vez tus cartas degeneran en literatura, en esa cochina literatura aliada, natural de todas las esclavitudes y de todas las miserias. Los esclavizadores saben muy bien que mientras está el esclavo cantando a la libertad, se consuela de su esclavitud, y no piensa en romper sus cadenas.

Pero otras veces recobro fe y esperanza en tí, cuando siento bajo tus palabras atropelladas, improvisadas, cacofónicas, el temblar de tu voz dominada por la fiebre. Hay ocasiones en que puede decirse que ni están en un lenguaje determinado. Que cada cual lo traduzca al suyo.

Procura vivir en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas. Cuando oigas de alguien que es impecable, en cualquiera de los sentidos de esta estúpida palabra, huye de él, sobre todo si es artista. Así como el hombre más tonto es el que nunca ha hecho ni dicho una tontería, así el artista menos poeta, el más antipoético—y entre los artistas abundan las naturalezas antipoéticas— es el artista impecable: el artista

a quien decoran con la corona de laurel, de cartulina, de la impecabilidad los danzantes de la jeringa.

Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y una morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura, y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad.

Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado aunque no los veas. Cada cual creará ir solo, pero formará batallón sagrado: el batallón de la santa e inacabable cruzada.

Tú no sabes bien, mi buen amigo, cómo los solitarios todos, sin conocerse, sin mirarse a las caras, sin saber los unos los nombres de los otros, se dan las manos, se felicitan mutuamente, se bombean y se denigran; murmuran entre sí, y va cada uno por su lado. Y huyen del sepulcro.

Tú no perteneces al cotarro, sino al batallón de los libres cruzados. ¿Por qué te asomas a las tapias del cotarro a oír lo que en él se cacarea? ¡No, amigo mío, no! Cuando pases junto a un cotarro, tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante, camino del sepulcro. Y que en esa palabra vibren toda tu sed, toda tu hambre, toda tu morriña, todo tu amor.

Si quieres vivir de ellos, vive para ellos. Pero entonces, mi pobre amigo, te habrás muerto.

Me acuerdo de aquella dolorosa carta que me escribiste, cuando estabas a punto de sucumbir, de rogar, de entrar en la cofradía. Vi entonces cómo te pesaba tu soledad, esa soledad que debe ser tu consuelo y tu fortaleza.

Llegaste a lo más terrible, a lo más desolador; llegaste al borde del precipicio de tu perdición; llegaste a dudar de tu soledad; llegaste a creerte en compañía. “No será, — me decías— una mera cavilación, un fruto de soberbia, de petulancia, tal vez de locura esto de crearme solo? Porque yo, cuando me sereno, me veo acompañado, y recibo cordiales apretones de manos, voces de aliento, palabras de simpatía, todo género de muestras de no encontrarme solo, ni mucho menos”. Y por aquí seguías. Y te vi engañado y perdido, te vi huyendo del sepulcro.

No, no te engañas en los accesos de tu fiebre, en las agonías de tu sed, en las congojas de tu hambre; estás solo, eternamente solo. No solo son mordiscos los mordiscones que como falles, sientes; lo son también los que como besos. Te silban los que aplauden, te quieren detener en tu marcha al sepulcro los que te gritan: ¡Adelante! Tápate los oídos. Y, ante todo, cúrate de una afección terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a tí con terquedad de mosca; cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas ante los demás. Cúdate sólo de cómo aparezcas ante Dios; cúdate de la idea que de tí Dios tenga.

Estás solo, mucho más solo de lo que te figuras, y aún así no estás sino en camino de la absoluta, de la completa, de la verdadera soledad. La absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni consigo mismo. Y no estarás completa y absolutamente solo hasta que no te despojes de tí mismo, al borde del sepulcro. ¡Santa soledad!

(De vida de Don Quijote y Sancho).

EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

Un alma humana vale por todo el universo, ha dicho no sé quién, pero ha dicho egregiamente. Un alma humana, ¿eh? No una vida. La vida ésta, no. Y sucede que, mientras se cree menos en el alma, es decir en su inmortalidad consciente, personal y concreta, se exagerará más el valor de la pobre vida pasajera. De aquí arrancan todas las afeminadas sensiblerías contra la guerra. Si, uno no debe querer morir, pero la otra muerte. "El que quiera salvar su vida, la perderá", dice el Evangelio; pero no dice el que quiera salvar su alma, el alma inmortal. O que creamos y queramos que lo sea.

Y todos los objetivadores no se fijan, o mejor dicho, no quieren fijarse que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y real, afirma el verdadero humanismo — que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre —, y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre.

El mundo es para la conciencia. O mejor dicho, este "para", esta noción de la finalidad, y mejor que noción, sentimiento; este sentimiento teleológico no nace sino donde hay conciencia. Conciencia y finalidad, son la misma cosa en el fondo.

Si el sol tuviera conciencia pensaría vivir para alumbrar a los mundos, sin duda; pero pensaría también, y, sobre todo, que los mundos existen para que él los alumbrase y se goce en alumbrarlos, y así viva. Y pensaría bien.

Y toda esta trágica batalla del hombre por salvarse, ese anhelo de inmortalidad que le hizo al hombre Kant dar aquel salto inmortal de que os decía, todo eso no es más que una batalla por la conciencia. Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia.

Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuanto voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se le da. ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón que dice que sí, y mi cabeza que dice no! Contradicción, naturalmente. ¿Quién no recuerda aquellas palabras del Evangelio: "¡Señor, creo; ayuda a mi incredulidad!"? ¡Contradicción, naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción.

Se trata, como veís, de un valor efectivo, y contra valores efectivos nada valen razones. Porque las razones no son nada más que razones; es decir, ni siquiera son verdades. Hay definidores de esos pedantes por naturaleza y por gracia, que me hacen el efecto de aquel señor que va a consolar a un padre que acaba de perder a su hijo, muerto de repente en la flor de sus años, y le dice: "¡Paciencia, amigo, que todos tenemos que morirnos!" ¿Os chocaría que este padre se irritase contra semejante impertinencia? Porque es una impertinencia. Hasta un axioma puede llegar a ser, en ciertos casos, una impertinencia. Cuántas veces no cabe decir aquello de

Para pensar cual tú, sólo es preciso no tener nada, más que inteligencia.

Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro, o con cualquiera

otro órgano que sea el específico para pensar; mientras otras piensan con todo el cuerpo y con toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida. Y las gentes que no piensan más que con el cerebro, dan en definidores; se hacen profesionales del pensamiento. Y, ¿sabéis lo que es un profesional? ¿Sabéis lo que un producto de la diferenciación del trabajo?

Aquí tenéis un profesional del boxeo. Ha aprendido a dar puñetazos con tal economía, que reconcentra sus fuerzas en el puñetazo, y apenas pone en juego sino los músculos precisos para obtener el fin inmediato y concretado de su acción; derribar al adversario. Un bolear dado por un no profesional, podrá no tener tanta eficacia objetiva inmediata; pero vitaliza mucho más al que lo da, haciéndole poner en juego a casi todo su cuerpo. El uno es un puñetazo de boxeador, el otro, de hombre. Y sabido es que los héroes de circo, que los atletas de feria, no suelen ser sanos. Derriban a los adversarios, levantan pesos enormes; pero se mueren o de tisis, o de dispepsia.

Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante; es decir, un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y esto muy restringidamente, y dentro de muy estrechos límites, obra de la especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía, o es obra de la integración, de concinación, o no es sino filosofía, erudición seuda-filosófica.

Todo conocimiento tiene una finalidad. Lo de saber para saber, no es, digase lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo, o para un fin práctico inmediato, o para completar nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata a las necesidades no intelectuales de la vida, responde a una necesidad — que también lo es — intelectual, a una razón de economía en el pensar, a un principio de unidad y continuidad de la conciencia. Pero, así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, se refiere a nuestro destino todo, a nuestra actitud frente a la vida y al universo. Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y con las volitivas. Como que aquí fracasa toda la filosofía que pretende deshacer la eterna y trágica contradicción, base de nuestra existencia. Pero, ¿afrontan todos esta contradicción?

Poco puede esperarse, v. gr., de un gobernante que alguna vez, aun cuando sea por modo obscuro, no se ha ocupado del principio primero y del fin último de las cosas todas, y sobre todo de los hombres, de su primer por qué y de su último para qué.

Y esta suprema preocupación no puede ser puramente racional, tiene que ser afectiva. No basta pensar, hay que sentir nuestro destino. Y el que pretendiendo dirigir a sus semejantes, dice y proclama que le tienen sin cuidado las cosas de tejas arriba, no merece dirigirlos. Sin que esto quiera decir, ¡claro está!, que haya de pedírsele solución alguna determinada. ¡Solución! ¿La hay, acaso?

Por lo que a mí hace, jamás me entregaré de buen grado, y otorgándole mi confianza, a conductor alguno de pueblos que no esté penetrado de que, al conducir un pueblo, conduce

hombres, hombres de carne y hueso, hombres que nacen, sufren, y, aunque no quieren morir, mueren; hombres que son fines en sí mismos, no sólo medios; hombres que han de ser lo que son y no otros; hombres, al fin, que buscan eso que llamamos la felicidad. Es inhumano, por ejemplo, sacrificar a una generación de hombres a una generación que le sigue, cuando no se tiene sentimiento del destino de los sacrificados. No de su memoria, no de sus nombres sino de ellos mismos.

Todo eso de que vive uno en sus hijos o en sus obras, o en el universo, son meras elucubraciones con que sólo se satisfacen los que padecen de estupidez afectiva, que pueden ser, por lo demás, personas de una cierta eminencia cerebral. Porque puede uno tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral. Se han dado casos.

Estos estúpidos afectivos con talento suelen decir que no sirve querer zahondar en lo incoñocible ni dar coces contra el agujiñón. Es como si se le dijese a uno a quien le han tenido que amputar una pierna, que nada le sirve pensar en ello. Y a todos nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no. O hacen como que no lo sienten, y entonces son unos hipócritas.

Un pedante que vió a Solón llorar la muerte de un hijo, le dijo: "¿Para qué lloras así, si eso de nada sirve?" Y el sabio le contestó: "Por eso, precisamente, porque no sirve". Claro que el llorar sirve de algo, aunque no sea más que de desahogo; pero bien se ve el profundo sentido de la respuesta de Solón al impertinente. Y estoy convencido de que resolveríamos muchas cosas si sallendo todos a la calle, y poniendo a luz nuestras penas, que acaso resultarían una sola pena común, nos pusiéramos en común a llorarlas y a dar gritos al cielo y a llamar a Dios. Aunque no nos oye, que sí nos oiría. Lo más santo de un templo es que se va a llorar en común. Un *Miserere*, cantado en común por una muchedumbre azotada del destino, vale tanto como una filosofía. No basta curar la peste, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llorar! Y acaso ésta es la sabiduría suprema. ¿Para qué? Preguntádselo a Solón.

Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y ese sentimiento, más que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionan sobre él, corroborándolo. Unas veces puede sobrevenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, v. gr.; pero otras veces es constitucional. Y no sirve hablar, como veremos, de hombres sanos e insanos. Aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tiene que ser naturalmente alegre. Es más. El hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es ya una enfermedad.

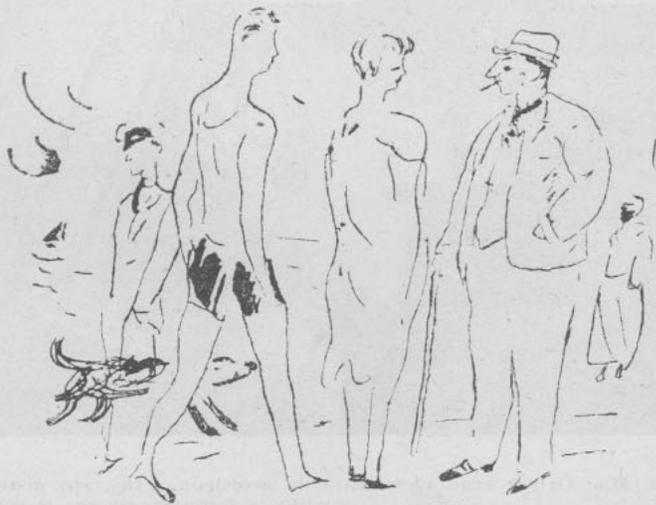
Ha habido entre los hombres de carne y hueso, ejemplares típicos de esos que tienen el sentimiento trágico de la vida. Ahora recuerdo a Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, René, Obermann, Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Amiel, Quental, Kierkegaard, hombres cargados de sabiduría más bien que de ciencia.

Habrà quien crea que uno cualquiera de estos hombres adoptó su actitud — como si actitudes así cupiese adoptar, como quien adopta una postura — para llamar la atención o tal vez para congraciarse con los poderosos, con sus jefes, acaso, porque no hay nada más menguado que el hombre cuando se pone a suponer intenciones ajenas; pero *homi soit qui mal pense*. Y esto, por no estampar aquí otro proverbio, éste español, mucho más enérgico; pero que acaso raye en grosería.

Y hay, creo, también, pueblos que tienen el sentimiento trágico de la vida.

Es lo que hemos de ver ahora, empezando por eso de la salud y la enfermedad.

(DE EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS)



Croquis de la Playa, por Sergio.

pierre mac orlan en patmos, o el nuevo apocalipsis

(Traducido especialmente para LETRAS)

Un hombre estaba sentado en la roca negra al borde del mar rumoroso.

Su traje se componía de un pantalón de a cuadros verde botella y de una camisa kaki con bolsillos. Un cinturón de cuero apretaba su abdomen. Tenía en bandolera un magnífico Martinie Henry, sobre la nariz enormes lunetas de cuerno y en las piernas, botas de cuero, por cuya posesión un gentil-hombre de fortuna, de la buena época, no hubiera vacilado un instante en atravesaros con su espada.

El hombre llenó una pipa y la encendió apaciblemente. Alrededor de la roca las gaviotas graznaban. De uno de los bolsillos de su camisa kaki emergían un rollo de papel y un estilógrafo. El hombre era de pequeña talla y muy gordo, pero de espaldas poderosas. Sobre su rostro de líneas decididas, en sus ojos semejantes a carbones, pasaban por momentos temblores, destellos, que señalaban la perpetua ebullición secreta.

Un ronrón de motor nació y creció en el cielo de lápiz-lázuli. El hombre levantó la cabeza y miró al pájaro de tela que, pasando sobre la isla, de súbito, enmudeció y se desplomó como una piedra. ¡Sagrados motores—gruñó soltando su pipa que rebotó sobre la roca y se perdió en el agua azul.

Se enderezó sobre las piernas y se dirigió al sitio del accidente: a quinientos metros vió sobre una lengua de arena amarilla de oro un aparato deshecho. Una combinación de cuero con apariencia humana se separaba de los restos informes.

—¡Hola,—gritó el avlador—yo que creía la isla desierta! ¿Me he turbado? ¿No es usted Pierre Mac Orlan?

El insular inclinó la cabeza.

—Ahora no lamento mi accidente,—prosiguió el otro.— Desde el momento que no tengo nada quebrado. ¿Pero qué es lo que fabricáis aquí, podéis decirme?

—Seréis discreto?—dijo Mac Orlan guiñando sus ojos.

—¡Palabra de periodista!

—En ese caso, helo aquí: yo vuelvo a escribir el Apocalipsis.

—¿Eh?

Mac Orlan tomó al hombre por el brazo y lo condujo al interior de la isla. Pronto llegaron ante un río sobre el cual se inclinaban sauces de follaje plateado y se sentaron sobre el ribazo.

—Escuchadme, dijo el escritor: Sabéis que he sacrificado mi tiempo a la demonología y al ocultismo. He hecho mis delicias del ingenuo Henri Boguet y del tenebroso Pierre de Lancre. He reverenciado el trasero del gran Chivo Melampigio y he asistido con una justificada melancolía, por la mediocridad del espectáculo, al sabat clásico. ¿Noche de Valpurgis dónde estais? Yo debo haber llegado a la conclusión que si los dioses no han muerto, el Diablo seguramente sí—al menos bajo su antigua forma. No me habléis del Maestro Jacob, príncipe de los apetitos carnales, que yo he mostrado en "Mallorca". Ésta en realidad un viejo judío de Francfort



Pierre Mac Orlan, gran ejecutante de acordeón, ¿De este instrumento extrae, acaso, las maravillosas fantasías de sus novelas?

amante de las malvadas farsas propias a enloquecer a los "goys". Todo eso es de un romanticismo muy en desuso y el Diabolo ha cambiado de claustro. Se ha refugiado en las creaciones más modernas de la inteligencia y de la sensibilidad humanas. Habita la máquina útil, el avión y también el más modesto cilindro, el aparato de T. S. H. en su bonito mueble laqueado, el fonógrafo que os ganguea en la trompa de Eustaquio la nostalgia traidora de Blue River. No olvidemos tampoco el rotativo de los grandes diarios. ¿Y habéis sentido el carácter satánico del cine alemán, del jazz negro, de las sirenas de los cargos retumbando en la bruma de los puertos, del alto parlante que detrás del frontón de la Bolsa anuncia el costo de los calores; de todos los instrumentos, en síntesis, donde se alimenta, se conforta y se glorifica nuestra civilización mecanizada, amenazada por el volcán de pus de horribles acecos?...

El periodista callaba, vagamente inquieto.

—Mi buen amigo, prosiguió Mac Orian, después de haberle golpeado sobre la espalda, yo he recibido la revelación. Conozco el alfa y el omega, y sé que en la descomposición del orden social al que asistimos después de la guerra, la liga rosada de una joven pública tiene una importancia enorme, un valor específico cuya curva aún no se establece. En esta procesión de valores que convierte al comerciante de pescado de la víspera en un gordo señor de lente de concha, presidente de una comisión parlamentaria—mientras que por el juego natural de las compensaciones ese sabio cuya invención da la vuelta al mundo se ve condenado a ser durante su vida un "malgraá", con toda la fuerza del término—en ese espectáculo de iniquidad y de locura triunfantes, digo yo, los elementos del cataclismo se agrupan según la obscura disciplina de un Apocalipsis moderno. Este Apocalipsis no ha sido escrito... Yo lo intentaré.

—Excúseme interrumpirlo,—dijo el periodista—pero esta isla donde estamos, ¿cómo se llama?

—Vemos, Patmos!—replicó el escritor.—Yo no podía menos que venir aquí desde luego para golpear las imaginaciones. Y además, un Apocalipsis no se escribe sobre un taburete en un bar.

—Pero este Apocalipsis. ¿cómo lo concibe usted?

—Lleno de obscuridades, naturalmente; la obscuridad es la ley del género. Veo una cosa intermedia entre "La Joven Parca" de Valéry y ciertas elevaciones de los grandes místicos. ¡Ah!, no siempre es divertido ser "elegido". Preferiría por mi

cuenta limitarme a escribir libros al estilo de "Bajo la Luz Fria". Es, según mi gusto, mi mejor obra. ¿Qué pensáis de Tess, la ciegucecita a quien de subdito la visión del mundo marchitó irremediablemente el alma? Pero ¡Bah! "Bajo la Luz Fria" es un testimonio de la descomposición de nuestra sociedad como "La Cavaliere Elsa", "La Venus Internacional", "En las Luces de París", y "Margarita de la Noche". Todo aquello anunciaba mi Apocalipsis. Yo soy la mosca azul que danza sobre la podredumbre de un mundo reducido a su simple expresión intelectual. ¿Queréis conocer la llave de mi Apocalipsis? He la aquí: yo profetizo la rebelión, el triunfo de la Materia. Conocéis la teoría del materialismo histórico, habiéndola formulado Marx, nuestra bella civilización tenía en su flanco su bultre. Desde el momento en que la producción material ha podido ser considerada en el cerebro de un pequeño judío alemán como la suprema razón, desde que el espíritu ha sido relegado al último plano, todos los monumentos del arte y del pensamiento se esterilizaban, temblando sobre sus bases. Después de eso ¿qué importa la "isba" o el "building", el techonovetz o el dólar. El resultado para la vieja Europa será el mismo. La obra de arte sin "amateur" es la más grande ilusión. ¡Vamos! No busquéis desde luego más que en la inminencia presentida del monstruoso sacudimiento que va a dividir Europa como un viejo barco que hace agua por todas partes, sin posibilidad de reparación; no busquéis la razón de esta inquietud que en el presente taladra a la niña del boulevard de La Chapelle como al señor primer ayudante de Santenay (Seine-et-Marne) propietario territorial. Pero excúsadme; es la hora de regresar allí.

Mac Orian cambió de anteojos. La montura de este nuevo par era de oro y brillaba en el rayo filtrante a través del ramaje de los sauces. Sacó del bolsillo de su camisa su rollo de papel y su estilógrafo.

—Todavía, una palabra, si permitís,—dijo el periodista.— Me habéis dicho que estábamos en Patmos. Lo acepto. Pero estos sauces, este río. Se creería en Seine-et-Marne.

—¡Vamos, suspiró el autor de "Malicia", esta será mi palabra final. Pero, prometédme que no la repetiréis. Si el prefecto supiera...

Bajó la voz.

—Sabéis todo: este río es el Grand Morin que he hecho transportar aquí para mis necesidades personales.

YVES GANDON.

nostalgia carta

Porque tienes en las manos
brazales de lejanía
y tu voz ha sido tocada
por la varilla de la ausencia
entras en mi recuerdo
con un rumor de hojas tranquilas
y un ruido de alas de otro tiempo.

Yo no ignoraba que la distancia
te haría más delicada y suave
y que tus gestos serían serenos
como los gestos del humo.
MAESTRO DE BAILARINAS CLASICAS.

Sin embargo cuando revuelvo tus palabras
una caricia de labios perdidos
vuela sobre mis hombros
como si hubieras caído
definitivamente en el pasado.

Yo esperaba una carta que me sostuviera tu
[cariño
en los veinte puntales de sus renglones,
una carta sombreada por los rascacielos de
[New York
y un poco descolorida por la amistad de tus
[manos.

¿Recuerdas tus palabras de marinero incorre-
[cible?
"Cerca de ti fondearon todos mis sentimientos
amainaron sus velas y se han dormido".

Yo esperaba una carta con muchos "Te quie-
[ro..."

que arrastraran la cola emocionada
de pretenciosos puntos suspensivos
para que me hiciera compañía
su confidencia de caracoles marinos
mientras la noche deshoja frío en los calle-
[jas.

o b r a s y a u t o r e s

AMAUTA.— Hemos recibido el número 28, correspondiente a enero del presente año, de esta interesante revista mensual de doctrina, literatura, arte y polémica, editada en Lima bajo la dirección de José Carlos Mariátegui. Es conocida ya entre nosotros la importante labor desarrollada por Amauta. No ignoramos que se trata de una de las publicaciones más sólidas y de mayores avances por las rutas del espíritu que se imprimen actualmente en nuestro idioma. Su director, personalidad literaria firmemente definida, es un incansable animador de cuanto posee una decidida superioridad sobre lo miserablemente cotidiano.

El número de enero trae un sumario de alto interés. Se inicia con un trabajo de José María Eguren—"Línea, forma, creacionismo"— en el que se comentan bellamente aspectos esenciales de las artes. En seguida publica una colaboración inédita de Henry Barbusse, titulada: "La paciencia", historia que servirá, sin duda, para que los numerosos admiradores de este escritor tejan nuevas alabanzas en torno a su nombre. Viene a continuación un artículo de Mariátegui—"Populismo literario y estabilización capitalista"— breve y claro análisis de una tendencia literaria que hoy se discute apasionadamente en Francia. Nydia Lamarque, la poetisa argentina, inserta un ensayo acerca de "La vida heroica de Rosa Luxemburgo". Pablo Neruda, el poeta chileno que actualmente se encuentra en el Asia, publica dos hermosos poemas: Monzón de Mayo y Tango del Viudo. Se reproducen algunos óleos de Camilo Blas. Blanca del Prado colabora con dos breves y simpáticos poemas en prosa. Benjamín Jarnes y el miedo", se intitula un interesante estudio de Juan Chabas. Emilio Romero escribe sobre "Don Segundo Sombra y el Perú". Xavier Abril termina su radiografía de Chaplin. Hay buenos trabajos de Estéban Pavletich, Ernesto Reyna, José Diez Canseco, Lorenzo Montes, etc... Y finalizan este magnífico número algunas crónicas rápidas acerca de artistas, libros y problemas de verdadero relieve. Una vez más, en resumen, Amauta nos lleva por anchos y fortalecedores caminos.

Escritas ya estas líneas, nos viene la noticia de la muerte de Mariátegui. Es una dolorosa pérdida para el Perú, que lamentamos con una sinceridad muy honda.

UN VIAJE CON EL DIABLO.— Este libro de cuentos de Juan Espinoza no ha tenido suerte en la imprenta. Anunciado a fines del año último, mes a mes, ha visto postergarse su publicación, debido a inconvenientes totalmente ajenos al autor y a la obra. Pero parece que dentro de poco será entregado al público. Va a constituir, sin duda, un nuevo triunfo para este escritor estudioso, atento observador de la vida, que le roba algunos minutos a su cotidiana labor periodística para escribir ágilmente sus amenos y sobrios relatos, siempre acogidos con un entusiasmo muy leal por sus numerosos lectores.

CIUDADES. — Memorias, subtítulo Pierre Mac Orlan a este libro que le ha editado La Nouvelle Revue Française. Está dividido en seis partes: Rouen, Montmartre, Brest, Londres, Ciu-

dades renanas, Roma. En todas abunda el color, la fuerza evocadora, esa honda poesía que este interesantísimo escritor sabe hacer brotar de no importa dónde, hasta de lo más humilde y pobre, con mano verdaderamente mágica.

EL PASEANTE A PIE.— Maurice Constant Weyer, escritor que obtuvo hace algún tiempo el Premio Goncourt y cuyos libros son muy leídos en Francia, suele anotar en diarios y revistas sus impresiones acerca de hombres, obras y cosas que de una u otra manera pertenecen a la literatura. Ahora le leemos un encendido elogio de una obra de Mme. André Martignon, cuyo título es el de este párrafo. En ella se demuestra su autora una fervorosa amante de la naturaleza y Weyer escribe que en una época como la nuestra, llena de artificios, son un refugio los libros que nos acercan a la tierra y nos mueven a quererla con la misma frescura de visión que se tiene en la infancia y se pierde demasiado pronto.

SIETE AUTORES EN UN VOLUMEN.— "Los siete pecados capitales" tentaron a siete buenos escritores de Francia, que se los repartieron para formar con ellos una bella obra.

He aquí el reparto: El orgullo, Jean Giraudoux.— La lujuria, Pierre Mac Orlan.— La gula, Max Jacob.— La avaricia, Paul Morand.— La envidia, André Salmon.— La cólera, J. de Lacretelle.— La pereza, Joseph Kessel.



Guillermo Labarca Hubertson, en un día de campo.

UN NOVELISTA DE LA VIRTUD Y UN PINTOR DEL VICIO.— En su acostumbrada crónica de "Les Nouvelles Littéraires", Edmond Jaloux tiene elogiosas palabras para un importante libro de ensayos publicado por Rafael Cor, en el que estudia a Carlos Dickens y a Marcel Proust. Al primero le analiza Cor los personajes y le examina el papel que en su obra desempeña lo fantástico. Al segundo le estudia su grandeza en la pintura del vicio. Para ambos aísla su atención de toda extraña influencia, y logra así dar una impresión personal y clara acerca de estos dos grandes escritores combatidos ciegamente o defendidos con un apasionamiento que no siempre se aproxima a la realidad.

IMPRESIONES EN TRES LINEAS.— Además de su crónica literaria semanal, a cargo de André Maurois, la revista Bravo (editada en París), trae en cada número, una serie de críticas breves que escriben diversos escritores. A continuación seleccionamos algunas de estas impresiones:

—"Una mujer Imposible", de Paul Brach. Dice Paul Morand: "Me gusta el héroe de Brach, que escapa de la muerte, del amor y de un cirujano".

—"Deutschland", por René Trintzius. Dice Maurice Bedel: "He aquí a las chicas alemanas vistas y vividas por René Trintzius. La más fi-

na observación, la más abundante experiencia bajo el velo de una fantasía que opone toda la gracia liviana del genio francés al dogmatismo categórico del genio alemán".

—"Opiniones sobre la novela", por René Boylesve. Dice Robert de Saint-Jean: "Hallazgos siempre inteligentes acerca de un arte en que el autor ha brillado menos por el ejemplo que por el precepto".

—"Psicología Ginecológica", por H. Vignes. Dice Jarques Boulenger: "El mejor estudio psicológico de las mujeres que haya aparecido desde hace mucho tiempo".

—"Diálogo con André Gide", por Charles du Bos. Dice Robert de Saint-Jean: "¿Diálogo? ¿No sería mejor prevenir a los lectores de que el autor es ventrilocuo?".

—"El gran hombre", por Philippe Soupault. Dice Paul Brach: "La novela de un tenor negro y de una mujer fría, al ritmo de los días actuales. Un "party" en los bajos fondos del corazón". Dice André Maurois: "Un industrial, una mujer, un negro y un relato rápido, bien construido. Una de las mejores novelas de la presente temporada literaria".

—"La confesión de Dan Yack", por Blaise Cendrars. Dice Maurois: "Al estilo de Joyce. Contraste cautivador y fuerte entre un estilo de duras aristas y un relato apasionante. Mireya me ha conmovido".

INDEX.

l í m i t e

Página escrita de soledad y frío.

El filo del viento puliendo una noche de tristes hogares.

Desde mí mismo veo surgir tu imagen cansada,
tus manos de adiós, tu abandonado rostro al fin de los caminos
llenos de nieve, de lodo, de vagabundos con grandes perros famélicos.

Mi corazón golpea la sombra creciente del invierno.
Hallo unos labios que hablan de un pesar que sólo fué mío.
El olor de la niebla y la delgada fuga de tus besos.

¿Dónde buscarte? Estoy cansado, ¡tan cansado!
La noche se levanta desde tu nombre, y las horas pasan con su franja de luto.

Con frecuencia todo se abre vacío para mí.
Duermo entonces; sueño en tí, gran ausente.
Con solo oprimir mi pulso siento la agonía del mundo y mi agonía.
Permanezco tendido. Me arrastra la marea del sueño.
Soy el cadáver del naufragio
de cuyo barco jamás se supo el nombre.

Pero, después de todo, ¿qué importa mi corazón?
A través del Invierno, de su niebla con olor a tiempo,
la pipa, bien equipada, parte hacia el país de lo inútil.
Y, sólo por esto, en el libro de las estaciones,
amo el rugoso pergamino de los meses de lluvia.

¿Dónde estarás ahora? ¿Acaso en la ciudad
donde antes yo creí hallar la paz del corazón?
¿Acaso en un país donde las lámparas son lágrimas de la bruma?
¿Dónde estás? Y, sobre todo, ¿quién eres,
tú, cuyo perfume guía al viento helado del Invierno?

Desfallezco. El sueño me roe el cerebro.
Recorre mi cuerpo. No puedo retener tu memoria.
Mi pipa enciende un faro a los fantasmas.
Nadie tengo a mi lado, pero siento latir un corazón
que no es el mío.

Tú marchas allá... lejos... cerca... en la cruziente noche de frío.
Tu piel se moja de un color extranjero
y la ciudad echa el ancla en los espejos.

Pienso en tí, gran ausente,
detrás de este límite de muerte que me separa de todo.

s a l v a d o r r e y e s

letras científicas

valor práctico de la ciencia

(Traducido especialmente para "Letras")

(Nacido en París el 24 de Julio de 1856, Emilio Picard ha sido profesor en la Sorbona desde hace cuarenta años; se ha especializado en el análisis matemático, y es ciertamente uno de los veinte o treinta grandes matemáticos de la época actual. Es tal vez de sentir que, en circunstancias oficiales, haya descuidado rendir homenajes proporcionados al valor de sabios ilustres, como el recordado H. A. Lorentz y, sobre todo, A. Einstein, que fueron nuestros huéspedes. Emilio Picard forma parte de la Academia de Ciencias desde 1889, y en noviembre de 1924 la Academia Francesa le abrió sus puertas).

Como dice Montaigne, "la ciencia constituye un gran ornamento", y agrega luego: "es un instrumento que presta maravillosos servicios", o sea, que lo bello y lo útil se aúnan y son inseparables. Hay que agregar a esto todavía nuestra natural curiosidad y el deseo de conocer lo verdadero. Empero, estos elementos pueden yuxtaponerse en grados variables y se hace preciso que las mismas palabras sean comprendidas por todos de la misma manera. Así, las ideas de lo bello y de lo simple han podido, en parte, al menos, encubrir la idea de lo verdadero para algunos pensadores de la Grecia. Debemos, pues, atenernos a hallar en los sabios y en los espíritus filosóficos, opiniones muy diversas sobre el objeto de la ciencia y sobre su valor; aún más, en las diferentes ciencias particulares, la variedad de los problemas y de los métodos concurre todavía a acrecentar más esta diversidad.

Sin constreñirnos con clasificaciones, siempre insuficientes dentro de su rigidez, vamos a echar una ojeada sobre las principales tendencias que se manifiestan en nuestra época en lo relativo al fin, y al valor de la ciencia.

Débase reconocer primeramente que la importancia tomada por la ciencia en nuestras sociedades modernas proviene, antes que todo, de los incomparables servicios que ella presta a la humanidad. Considera la gran mayoría, siguiendo el decir de Bacon, el mismo fin. Admira sobre todo en las ciencias, el maravilloso espectáculo de aplicaciones tan variadas y que tanto han modificado las condiciones de existencia de los pueblos civilizados: es éste un género de valor fácilmente apreciable.

Hay, al mismo tiempo, un peligro en estas constataciones demasiado fáciles, porque no se tiene sino un campo visual muy reducido al no darse cuenta de las relaciones que existen entre estas brillantes manifestaciones de la actividad humana, y la ciencia teórica y desinteresada.

Las ideas teóricas han sido a menudo el germen fecundo del cual han salido importantes progresos en la industria, en la agricultura y en la medicina. Los soñadores científicos, que parecen estar perdidos en sus especulaciones, son a su manera hombres prácticos: la aplicación viene a veces por añadidura. El manantial se agotaría prontamente si un espíritu de exclusivo utilitarismo viniese a dominar en nuestras sociedades tan preocupadas de los goces inmediatos.

La historia de las ciencias muestra cuán íntima ha sido siempre esta dependencia entre la ciencia pura y sus aplicaciones. Estas recíprocas influencias han obrado en uno y otro sentidos: por una parte, la práctica conduciendo a la especulación, entanto que los horizontes teóricos han sido otras veces el origen de investigaciones de orden práctico.

Basta recordar algunos ejemplos. En su importante obra sobre la potencia motora del fuego, proponiéndose Sadi Carnot explicar y extender los servicios que pueden prestar las máquinas a vapor, ha creado la termodinámica, de donde ha nacido la energética moderna; del mismo modo, las investigaciones de Sainte-Claire Deville sobre el platino, han sido el origen de sus investigaciones sobre la disociación, de las cuales debía nacer la mecánica - química. Por otra parte, escribiendo Newton el libro "Principios de la Filosofía Natural", no pensaba en absoluto en los navegantes que debían más tarde utilizar cierta "connaissance des temps" construída sobre las leyes de la gravitación universal; igualmente, Ampère y Faraday, al estudiar la acción de las corrientes sobre las corrientes mismas, y los fenómenos de inducción, preparaban, sin sospecharlo, el camino a la construcción de poderosas máquinas eléctricas, cuyo empleo ha revolucionado tanto a la industria.

Cualquiera que pueda ser en cada caso el origen de los progresos materiales realizados por la ciencia, aparece ésta cada vez más y más como una potencia formidable que no retrocede nunca, y cuyas conquistas son definitivas. Parece que todo le fuera posible, y debe reconocerse que los progresos realizados desde hace un siglo autorizan esperanzas por así decirlo, ilimitadas.

Sin embargo, este cuadro magnífico no se presenta sin algunas sombras, se ha podido verificar el proceso de algunas utilidades creadas por la ciencia, reprochándole el aumentar nuestros deseos en detrimento de nuestra felicidad y de nuestro bienestar. Sobre un terreno tan objetivo, toda discusión es imposible. Cualquiera que sea la parte de verdad que encierran estos aspectos pesimistas, nadie niega el alivio que, por donde se quiera, los progresos de la ciencia han aportado a la humanidad mísera, y que aportarán seguramente en lo porvenir, enseñando a utilizar mejor las energías naturales, y a descubrir otras nuevas. Púedese es-

perar que ellos contribuyan, en gran parte, a la solución de los problemas sociales, que constituyen una de las grandes preocupaciones de nuestro tiempo.

Considerando sus aplicaciones, acabamos de encarar la ciencia en cierta forma desde fuera. Es éste, he dicho, el punto de vista de la gran mayoría; y ante el descubrimiento de un fenómeno o de un cuerpo nuevo a todos nos ha sucedido oír preguntar para qué podrá servir aquello. No obstante, es preciso reconocer que la difusión de los métodos científicos modifica poco a poco la mentalidad hasta de aquellos que menos se precian de curiosidad filosófica.

La idea profunda de la ley natural se implanta paulatinamente en los espíritus de aquellos que en un principio no veían en ella más que una posibilidad de acrecentar nuestro

poder sobre las cosas, y, como se ha dicho, dominar a la naturaleza obedeciendo a sus leyes.

Por otra parte, aumenta el número de aquellos para los cuales todo punto de vista utilitario está colmado, y para los que, al menos cierta parte de la ciencia, interesa por ella misma.

La Astronomía es, desde este aspecto, una de las más cautivadoras ciencias. Es grande la atracción de contemplar el Universo, considerado en Sirio, o de transportarse a otros mundos estelares más lejanos aún; (1) y se puede estar casi seguro de retener la atención de los menos curiosos, hablándoles, bajo un cielo estrellado, de las distancias que nos separan de los astros más vecinos.

EMILE PICARD.

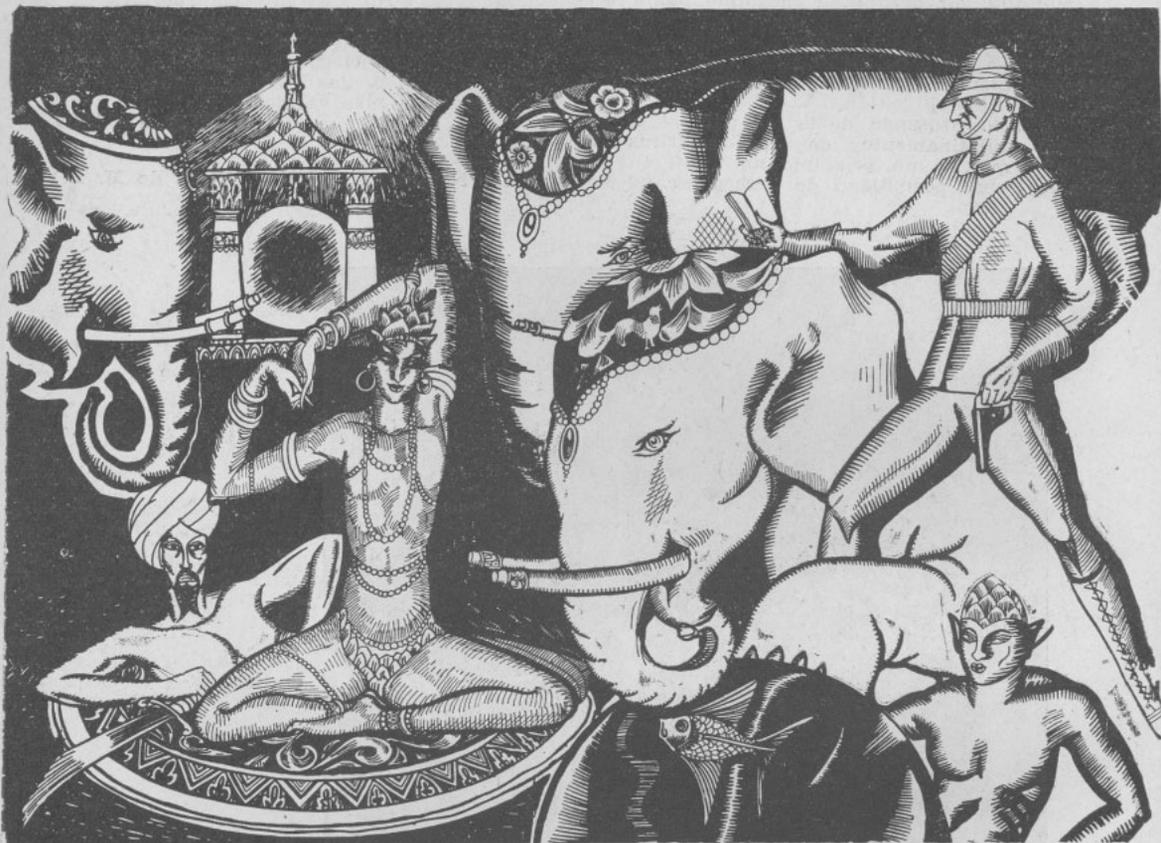
(1) Nebulosas espirales. (Nota de M. B.)



Maurice Bedel, en su cuarto de trabajo. Pueden verse los skis que usó en su viaje a Noruega, del cual sacó el tema para su novela "Jerónimo a 60° Latitud Norte", que le valió el Premio Goncourt.

artistas nuestros

estrada gómez



Fantasía oriental.

Hace tal vez siete u ocho años, "El Mercurio" empezó a publicar una serie de dibujos que llamaron la atención. ¿Quién era ese Estrada Gómez, cuya línea firme y ágil trazaba fantasías de rica originalidad? Se supo que era muy joven, que venía del sur. En torno a su nombre se tejieron esas palabras de costumbre: un temperamento, uno que llegará...

Luego Estrada Gómez dibujó en diversas publicaciones, en esas revistas que pagan diez pesos por cualquier dibujo, aunque sea una maravilla. Así fué dispersando una labor interesante y empleando ese vigor juvenil que la mayoría de las veces se pierde en nuestro país sosteniendo un combate rudo y por lo general perdido de antemano.

El estilo de Estrada Gómez era en ese entonces el de un fantaseador orientalista. Sus dibujos, nada recargados, estaban sostenidos, en primer término por una línea segura, luego por un sentido original de la composición y finalmente por características propias que lo separaban de todos los que hasta entonces en nuestra tierra habían explotado el género. Bellas

ilustraciones para poemas y cuentos hizo entonces este dibujante. Porque Estrada era — y lo sigue siendo — un verdadero ilustrador, un verdadero intérprete del texto escrito. Sabe simbolizar el tema que se le ofrece, sabe sugerir y concentrar en unas cuantas figuras decorativas la intención de aquello que ha de leerse.

Pero a este artista — el eterno caso en Chile — no se le dió la importancia debida. Si hubiera sido algún ilustrador de chistes, acaso sus dibujos hubieran llamado la atención de alguna empresa importante capaz de pagarle bien. Pero Estrada Gómez era un hombre que buscaba su verdad interna creando cosas bellas. Nada más que cosas bellas.

Al andar el tiempo, su estilo ha evolucionado, abandonado las fantasías orientalistas y decorativas. Ahora Estrada nos muestra una línea simple, hallada dentro de las normas planteadas por las nuevas escuelas estéticas.

Sus temas actuales son también diversos: busca elementos sencillos donde poder desenvolver su técnica despojada de todo lo que no sea esencial y ajeno a lo literario. Conserva



Naturaleza muerta (madera)

siempre su don decorativo y es siempre el magnífico ilustrador que, por desgracia, aún no ha tenido la oportunidad de acompañar con su lápiz a un escritor de un temperamento cercano al suyo.

Porque un dibujante, alejándose de lo literario, puede llegar a interpretar en dibujo puro a un literato, mucho mejor que uno que pretenda hacer literatura por su parte. Ambos tienen medios de expresión diversos y pueden armonizarlos conservando la pureza sustantiva de sus elementos.

Hoy día Estrada Gómez hace una labor fragmentaria y sin método, dedicado la mayor parte de su tiempo a la lucha por la vida. No ha habido aún un director de publicación ilustrada lo bastante inteligente para aprovechar con dignidad a uno de los temperamentos artísticos más interesantes y originales de Chile.

En estas páginas ofrecemos tres dibujos que son los exponentes de las tendencias seguidas por Estrada Gómez. Esa fantasía oriental de espléndida composición decorativa y los otros trabajos más modernos y del más firme sentido dentro de las escuelas novísimas.

Conscientes del mérito de Estrada Gómez y de su rica personalidad, esperamos verlo apreciado en justicia por los editores del país y deseamos que su labor se encauce dentro de una disciplina que no tardaría en dar los más espléndidos frutos.



Cabeza de mujer.

Y esto ojalá ocurra pronto, ahora que está en plena posesión de su entusiasmo y de su poder de juventud.

JERONIMO BEDEL.

la escena y la pantalla

EL PROBLEMA DE NUESTRO TEATRO

Nuestro teatro sigue conservando las características de un problema, cuya solución se esquivó de continuo y hasta parece mostrarse cada vez más lejana. Al principio se decía: "No se escriben buenas obras porque no hay actores que las representen". O si no: "No hay buenos actores porque no hay buenas obras capaces de revelarlos al público". En este sentido hemos progresado y hemos salido de ese círculo vicioso: los buenos actores existen ya en Chile, y su labor es reconocida con entusiasmo por el público.

Ahora faltan las obras.

No vamos a decir que todo lo que se haya escrito en el país para el teatro carezca de interés, pero la obra madura, certera; la obra capaz de quedar, aún no ha sido producida por nuestros dramaturgos. Es en este sentido que nuestro teatro sigue conservando las características de un problema, porque si los actores están ahí y el público los recibe con entusiasmo, ¿qué se espera para producir la obra capaz de arrastrar tras de sí un acontecimiento artístico?

Podemos echarle la culpa de todo a la crítica teatral que no ha sabido orientar a nuestros dramaturgos, pero sería un argumento pobre. Sin embargo, como no podemos dejar sin esclarecer este interesante problema, "Letras" se propone iniciar desde su próximo número una ENCUESTA TEATRAL, entre escritores, críticos, actores y escritores. Seguramente de esta encuesta saldrá alguna luz que ilumine la incertidumbre de nuestra escena nacional.

No queremos terminar sin expresar que tenemos las mejores esperanzas en las próximas temporadas de Flores y Sienna en Santiago. Sabemos que estos artistas tienen ya en sus manos obras de escritores prestigiosos. Porque, acaso esa sea la clave de todo: la ausencia de nuestros verdaderos escritores. Los autores se encuentran solos, haciendo esfuerzos imposibles por levantar obras de aficionados, de personas sin conocimiento artístico y sin prestigio ante el público.

Esto lo decimos en líneas generales, aceptando que hay algunas excepciones, ¡muy pocas!

Pantagruel.

POS LOS TEATROS DEL MUNDO

Journey's End.— Esta obra de M. C. A. Sheriff, autor joven inglés, ha sido traducida al francés con el título de "El gran viaje" y representada en el teatro Eduardo VII. La crítica ha tenido para ella palabras muy elogiosas, considerándola casi unánimemente la mejor obra teatral que se ha escrito acerca de la guerra. Este éxito que ha obtenido en París no es sino la repetición del que la acogió en Londres, Nueva York y Berlín.

Amphitryon 38.— Jean Giraudoux, el constante animador de extrañas y nuevas imágenes, acaba de estrenar con gran éxito en la Comedia de los Campos Eliseos esta obra en tres actos. Más de un comentarista ha dicho que para abordar el teatro le ha sido necesario a Giraudoux evolucionar grandemente. "Es menos sutil—dicen—menos difícil de seguir en sus comedias—que en sus novels". Estas palabras no convencen al crítico Eduardo Bourdét,



Trini Meller, hermana de Raquel, que ya empieza a igualar la fama a "el alma que canta".

que las niega y declara que Giraudoux no ha sacrificado una sola partícula de sí mismo. Para Bourdét, lo que parece oscuro en las novelas del autor de "Provinciales" se debe simplemente a negligencia del lector. Esta oscuridad desaparece en la escena por la entonación, el gesto, la mímica del intérprete, que va facilitando la comprensión del espectador. "No es Giraudoux—escribe Bourdét—el que ha ido hacia el público, sino el público el que va hacia él. Y yo lo felicito". El caso es que Amphitryon 38 es una de las obras que más han gustado en los últimos tiempos en un escenario parisense.

El caso Dreyfus.— La "Volksbühne" (Escena Popular), inmensa organización teatral de vanguardia, no hace mucho que bajo la dirección artística de Karl Heinz Martin llevó a la escena, en Berlín, una ilustración dramática del "Caso Dreyfus", de Wilhelm Herzog y Hans José Rehfish. Esta obra ha motivado una larga serie de manifestaciones violentas, que ayudan a mantener animada la atención del público. Su acción es interesante, pero parece que las caracterizaciones de algunos de los principales intérpretes son verdaderamente fantásticas.

Una nueva obra de Pirandello.— El paradójal autor de Enrique IV acaba de presentar al público de Turín su última producción: "O di uno, o di nessuno". (De uno o de ninguno).

El tema de este drama es sencillo, si se lo compara con los habituales de Pirandello. Hela aquí: dos estudiantes, amigos íntimos, han estudiado en la misma facultad, son funcionarios del mismo ministerio, viven en la misma pensión, hasta en el mismo cuarto. Tienen la misma amante: ambos lo saben, no se incomodan por esto, y ella no ignora que sus amigos están al tanto de la situación. De manera, pues, que Melina vive la más calmada de las existencias, entre las caricias de Tito y de Carlino. Con su arte de lógico irresistible, Pirandello



Los marionettes vuelven a estar de moda en Europa. Nuestro grabado representa "La Consulta", una de las mejores escenas de los muñecos de Munich.

logra hacer aceptable y hasta simpático este trio. Pero se produce una situación difícilísima, que enciende de pronto la enemistad entre Tito y Carlino: Melina va a ser madre. No es posible que el niño tenga dos padres. Y nace la más espantosa de las incertidumbres, que se complica con la agonía y la muerte de Melina al dar a luz.

En esta obra, aunque abandona Pirandello la fórmula que lo ha hecho célebre, no pierde su fuerza y su don de sugerir profundas cosas. Los críticos aseguran que en más de una ocasión deja ver en este drama una emoción que sólo asoma hasta hoy en sus novelas.

Paul Morand Libretista.— El autor de "Nada más que la tierra" comenzará su carrera dramática en una escena lírica. Se anuncia que va a componer un libreto de ópera cómica, sacado de la famosa novela "El jugador", de Dostolewsky. La música será de Henry Sanguet.

El techo de John Galsworthy.— Después de una serie de representaciones preliminares en Golders Green, ha sido representada con muy buena acogida, en el teatro The Vaudeville, de Londres, la última obra de Galsworthy. El Techo, presenta su acción en París. Se trata de un drama que a pesar de su final doblemente trágico no fatiga, porque abun-

dan las escenas livianas, observadas con habilidad y buen gusto. El tema es simple, pero da ocasión para la pintura de numerosos y movidos caracteres.

Un Teatro Popular.— No hace muchos que se na creado, bajo los auspicios del partido Laborista inglés, y con la ayuda efectiva de cuatro ministros británicos (Clynes, Lansbury, Sir C. P. Trevelyan y F. O. Roberts) un teatro popular: The Masses Stage and Film Guild (Asociación Teatral y Cinematográfica de las Masas). La primera representación de este nuevo teatro, cuya entrada no podrá costar más de un chelín, ha sido la de "Singing Jail Birds", (El canto en la prisión), del famoso dramaturgo y novelista norteamericano Upton Sinclair.

Piroska entre los lobos.— Esta es una pieza en tres actos de Sandor Tarago, representada recientemente en el Teatro Húngaro de Budapest. Su autor es joven y combatido. Sus tendencias vanguardistas le han rodeado de comentarios apasionados, pero prevalece el arte de este dramaturgo por sobre las críticas adversas y el público lo sigue y lo aplaude. "Piroska entre los lobos" ha sido un éxito completo. Sin embargo, su tema es banal: los amores de una bella prostituta, que se convierte en enfermera, y de un boyardo húngaro, convertido en oficial.

La muerte los une después de numerosas amargas sentimentales. La construcción de la obra es audaz y con una originalidad auténtica.

Sacha Guitry en Viena.— Marreta, la celebrada comedia musical de Sacha Guitry, de la que Oscar Strauss ha hecho una verdadera opereta, ha obvenido en Berlín y sobre todo en Viena un éxito ruidoso. Los principales intérpretes han sido Mme. Georg y el popularísimo tenor Marischka.

Vera Nemtchinova.— En el Teatro de los Campos Eliseos, esta aplaudida danzarina rusa ha presentado una serie de "ballets", con entusiasta aceptación de parte del público. Esta labor ha sido saludada elogiosamente por los críticos, que esperan ver a la Nemtchinova prolongando, acertada y fina, la magnífica tradición de Serge de Diaghilev.

EL CINE PARLANTE EN CHILE

Según parece habremos de despedirnos definitivamente de las películas mudas y hemos de perder la esperanza de ver algo nuevo comparable a "Las Huérfanas de la Tempestad", ó "Varieté". El cine parlante, sonoro, cantado y bailado, ha hecho su entrada triunfal y ha asentado sólidamente su trono sobre nuestros teatros.

Alguien decía: "No es nada más que una moda. Pasará como todas las modas, porque no hay en él una realidad artística". Pero, ¿de cuando acá el grueso público busca la realidad artística? La solidez conque el cine sonoro se ha afirmado en nuestro ambiente, hace presumir que su reinado será eterno, mientras

no aparezca otro cine más sonoro que el actual.

Y ¿cómo juzgar las producciones de esta nueva factura exhibidas hasta ahora entre nosotros? Indudablemente algunas de ellas, como muy simpáticas, de mucho efecto, con muy novedosa y agradable música. Nosotros, condenados a ignorar las grandes compañías de revistas, de operetas y de ópera moderna; nosotros que acaso nunca seremos visitados por los buenos conjuntos de ballets, (Albertina Rash, etc.), no podemos condenar el cine parlante bajo este aspecto. El género de variedades, la música ligera, todo eso encuentra en la pantalla fenética un nuevo medio de difundirse.

Esto en lo que se refiere exclusivamente al género de revistas y comedias musicales, pues en realidad no vemos que haya salido ganando el cine con las llamadas películas "sonoras" o sea sincronizadas. Si es cierto que las orquestas de nuestros teatros nunca se distinguieron por su acierto para elegir la música que debía acompañar las cintas, también es cierto que la música que nos da ahora el "sonoro", es de una pobreza y una monotonía desesperante. Más valía oír el eterno repertorio de nuestros "maestros".

Ahora tampoco nos hacemos ilusiones con respecto al cine parlante en dramas y comedias. Sabemos que Greta Garbo ha interpretado algunas obras de Eugenio O'Neil, Eso está bien, sin duda, pero ¿y el cine independiente del teatro, el cine dinámico, hecho para el juego de las imágenes y para su expresión puramente plástica?

¡Ah, de eso debemos despedirnos para siempre!

CINEASTA

las nuevas voces

En mitad del mar se alzaba sobre un islote, lleno de escarpadas estribaciones, el desmesurado capuchón, revestido de líquen de una caverna.

Habitaba en ella un viejo de pupilas patinadas de arcaica sabiduría. Su barba, formada por viscosos tentáculos le caía flácida sobre el hábito raído y gris que cubría su cuerpo parafítico y magro. Lunas remendadas, tizonas retorcidas como estertores, que añoraban la capa que las escondió, estrellas apagadas y de puntas romas, largos y anquilosados cabellos de mujeres, junto a hidrópicos volúmenes pendían de las paredes de la caverna.

Celosamente cuidaba el viejo su muerto tesoro del pasado.

Una mañana en que el viento en su hama-ca de perfumes mecía los campos, fué despertado por unas vibrantes voces juveniles que de un extremo del delgado y azul horizonte marino partían.

Eran canciones que en revuelto enjambre mezclaban zumbidos de aviones como enormes avispas musicales, rascacielos como gruesas columnas agujereadas que se incrustan en el espacio, ecos incoherentes, sordos, ahuecados y partidos del jazz-band, destempladores del alma de los borrachos, hembras caladas de sadismo, todo el furor atormentador del siglo, cantaba en

esas voces viriles, allá sobre las espumas volatilizadas por el sol del lejano horizonte marino.

El habitante del islote se alzó en su lecho de algas secas y embelezado escuchó largo rato exclamando: son bellas voces, son bellas; pero ¡ah!, no concuerdan con las que hace miles de años duermen en mis volúmenes.

Colérico, llamó a su guardia de monstruosos cetáceos, de cortantes ponzoñosas escamas, para que destruyeran la lírica barca que avanzaba, levantando olas rojas, lilas, ocreas...

Fuera de la caverna, mientras tanto, estranguladores se alargaban los tentáculos de su barba.

Más, la barca arribó liviana y graciosa al islote. Los cetáceos con sus bifurcadas lenguas, vencidos, lamían sus flancos de oro. Una mujer desnuda y blanca, como una pulida concha marina, emergió del fondo de las aguas.

Quitándose un cendal de transparentes corales que en el cabello llevaba, cubrió el rostro virulento y frío del viejo del sayal. La caverna, instantáneamente, se transformó en un chorro de rosas estremecido. Los flamíjeros pájaros de ese nuevo amanecer, al vuelo, con sus rutilantes picos de plata las cogían para irlas a deshojar gorjeando sobre todos los pueblos, ciudades y razas del mundo.

LUIS MOORE FUENZALIDA.

15 minutos con alberto rojas giménez

Yo recuerdo a Rojas Giménez, vestido de negro, con discreta melena y magnífica pipa, sentado junto a una mesa de revueltos papeles en la vieja Federación de Estudiantes, bajo aquellas noches trepidantes de "Claridad"; lo recuerdo —ya la melena cubierta por gran chambergo— en las calles que una lejana primavera vestía con el prestigio del viaje; lo recuerdo también en Valparaíso caminando conmigo por calles marineras, donde parecía que la noche no terminaba nunca.

Después lo dejé de ver. Partió a Europa. Estuvo por largos años en esas tierras. Un día lo encontré en la plaza de Armas. Había regresado y seguía viviendo como antes, solamente un poco más inquieto por el deseo de volver a partir.

Ahora "Chilenos en París" pone de actualidad la figura de este poeta viajero, de este hombre que por ir tras de la vida, había descuidado hasta hoy la publicación de un libro.

—Vamos a ver qué piensa Rojas Giménez de su obra y de la obra de los otros— me he dicho, y he salido en su busca. Lo encuentro frente a una Underwood en una oficina minieral. Hablamos, es decir, habla él:

—La novela, la poesía... Estéril y hasta cierto punto falso me resulta definir o fijar conceptos sobre algo que todavía no hemos realizado. Sin embargo, mi concepción de la novela —de su arquitectura— es sencilla. Para mí, la novela existe desde el momento en que el relato va más allá del tiempo que empleamos, leyendo, en consumir un buen cigarrillo. Quiero decir con esto, que el concepto tradicional de exposición, nudo y desenlace, me tiene sin cuidado. Es más, creo que el lector de nuestros días no soporta una novela construída sobre esa base. Su percepción es más aguda, su "cachativa" más veloz que las del lector de otros tiempos. Así, Balzac me resulta ingenuo, somnolento, insoportable.

Acumular elementos de realidad exterior (descripción de tipos, de paisajes, etc.), retarda la necesaria velocidad del relato y fastidia. Hay que echar mano de nuevos elementos o, más bien, emplearlos de nueva manera, ayudados por una nueva expresión. (Conviene anotar que el abuso de esta "nueva expresión", caso frecuente en las jóvenes literaturas americanas, engendra un preciosismo de carácter algo esotérico e inaguantable. La nueva expresión, en tales casos, deviene lugar común).

El cine, en su depuración continuada, eliminando cada vez más lo que podríamos llamar "preparativos a la comprensión", presentando un material de imágenes estricto y apoyándose en una realidad mágica, ocupa un lugar de avanzada con relación a la literatura novelesca, que muy pocos autores de nuestro tiempo han logrado alcanzar: Jean Cocteau con "Les enfants terribles", Philippe Soupault con "Les dernières nuits de París", Cendrars con "Le plan de l'aguille", por ejemplo.

Hago esta comparación entre la literatura novelesca y el cine porque entre ambos medios de exteriorización veo una estrecha semejanza. El cine, por muy puro que sea, es siempre un re-



ALBERTO ROJAS GIMENEZ

lato. La novela, por muy lenta que aparezca, despertará siempre en nosotros el juego de la imagen animada. Y la influencia del cine en la nueva novela es tan apreciable como la de la poesía en el cine.

—Autores favoritos?

—No los tengo. Leo con agrado a los franceses y entre ellos con preferencia a Montherlant, Girard, Eluard, Cocteau, Soupault, Louis Aragon, etc. De los españoles, a muy pocos. Alberti, Jarnes. Alberti me parece un gran poeta. En Alemania hay también un poeta joven de gran mérito: Walter Mehring. Y un gran dramaturgo: George Kaiser. Pero ya te digo, no tengo autores favoritos. Actualmente releo con gran placer un libro que llenó mi primera infancia: "El final de Norma", de Antonio de Alarcón. Ese libro merece figurar entre los mejores libros de aventuras de hoy día. No puedo olvidar que la Hija del Cielo fué mi primera pasión...

—¿Qué piensas tú de nuestro ambiente literario?

—No creo que tenga consistencia alguna. ¿Qué es lo que forma y mantiene un ambiente literario? ¿Los autores? ¿Los libros? ¿Las revistas? Nuestra producción es lenta y casi siempre anémica. Para apreciar esto no hace falta mucho esfuerzo. Y sin embargo, entre nosotros abundan los maestros, los jefes de escuela y hasta los genios... No conozco una sola revista chilena que esté animada por un espíritu definido, que muestre una orientación segura. El Ateneo de la calle Huérfanos y otros corrillos similares no forman ambiente, lo rarifican. Nuestro carácter insular y sardónico, nos impide la cordialidad, el mutuo respeto. Si nos agrupamos, es sólo para destruirnos con mayor comodidad y en voz baja.

—¿Y crees posible una literatura genuinamente chilena?

—No creo en una literatura genuinamente chilena. Hasta ahora, en toda manifestación artística, hemos seguido la pauta de Europa. Así, nuestra literatura no puede ofrecer características que la distinguan de otras literaturas.

La conversación se hace un tanto dogmática. Conviene, pues, volver por los fueros del buen humor y de lo pintoresco.

—Cuéntame—digo— algunas anécdotas de tus viajes. ¿Conociste a Gómez Carrillo?

—¿Gómez Carrillo? Sí, le conocí. Nunca he visto un hombre que irradiara una mayor simpatía. Simpatía hecha de cinismo y de indulgencia. Una noche, en un café, le pregunté por Raquel Meller. Gómez Carrillo sacó de su cartera una carta y me la tendió. Era de Raquel. Una carta llena de injurias, de recriminaciones, de insultos. La leí en silencio, la loblé y se la devolví. El exclamó, sonriéndose: "Vea usted cómo

me quiere todavía"! Y era verdad, Gómez Carrillo murió y he visto a Raquel Meller abrazada a su féretro jurando no haber amado a nadie más que a él en su vida.

—¿Y no has corrido durante tus viajes aventuras peligrosas?

—¡Claro! ¿Quién no ha tenido la vida en peligro siquiera una vez? Fué en el Mar Caribe. Ibamos mar adentro, en un falucho, cuatro o cinco marineros y un contramaestre. De pronto un tiburón enorme se puso a seguarnos. Era mediodía y, naturalmente, el desvergonzado reclamaba su almuerzo. Bogábamos con fuerza, pero a cada momento la distancia que nos separaba del pecesillo disminuía. Era un hermoso ejemplar, no puedo negarlo. Un tiburón padre. ¿Qué hacer? La costa estaba lejos. Todos nos mirábamos con caras de difuntos. Tú sabes, en tales casos, se impone un sacrificio. Había que distraer a la bestia para ganar la orilla. El contramaestre ordenó: "Que el español se corte una mano y la arroje al mar!" El español era yo... Pero no creas que vacilé. En el bolsillo del pantalón llevaba una mano... "La mano de Sebastián Gainza", de Tomás Lago. La saqué y se la tiré al monstruo... Estábamos salvados. ¡El monstruo murió de intoxicación!

—Para terminar, Alberto, dí, ¿qué es lo que más te molesta?

—La gravedad entre los veinte y los treinta años! responde inmediatamente.

Nosotros estrechamos la mano del poeta y croniqueur y nos vamos pensando que se ha quedado corto: la gravedad aún hasta los cuarenta es molesta, demasiado molesta...

S. R.

caín y abel en una niña

Recuercas
aquellas tardes hoy cenizas
en que cegabas mi cabeza
con la hoz de tu beso
y caín mis sueños en tu falda
como trigo en la era?

Yo te decía:

—Hagamos un porvenir, querida,
con mi beso y tu arcilla.

Tu no se alzaba ante mi labio como el Ángel
que puso Dios en la puerta Sur del paraíso.
Mi suspiro ceñía
tus flancos como el brazo de un hombre
y mi beso
ola, y ola empuñada,
regresaba hecho trizas
desde el acantilado de tu lliga.

Sin embargo, sin embargo,
aunque en tus ojos nunca pasó un sí
como un vetero blanco,
sin embargo...

Tengo las manos llenas de recuerdos.

Por la ventana cejijunta
el Miste era como un grito
tirado al cielo por un niño.

Daban las sels en el convento de Francisco.
Mi lobo corazón
devoro dos corderuelos
en el redil de tu corpiño.

(Ahora, entre paréntesis,
tu tuviste una niña.
Mis cañes
matarán a tus abetes en su vida).

GALERIA

DITTRICH & SILBERFELD

AGUSTINAS 1049 — TELEFONO 85782 — CASILLA 2731

Cuadros Antiguos y Modernos. Toda clase de Objetos de Arte Muebles Estilo.
Platería Colonial.

VISITE UD. NUESTRA SUCURSAL
CASA DE ANTIGUEDADES
“ EL TAJAMAR ”

Calle Esmeralda 749 -- Teléfono 85398

SEÑORAS:

Cuando necesiten

ROPA INTERIOR

en jersey de algodón, hilo o seda, acudan directamente al depósito central de la Fábrica de Tejidos «NUÑO»

CALLE MONEDA N.º 867

(entre Estado y San Antonio) Es el depósito más surtido en el ramo y el que vende más barato en plaza.

LEMA:

VENDER BARATO PARA VENDER MUCHO

Subscríbase Ud. a

« LETRAS »

la revista que le dará la actualidad literaria y
artística del mundo

Avise Ud. en

“ LETRAS ”

Por envíos y suscripciones. dirigirse a

LIBRERIA SALVAT

LOS LIBROS DE ACTUALIDAD

S O N:

"GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA". — Obra póstuma de Georges Clemenceau (El Tigre), un tomo, más de 400 páginas, \$ 9

LA MEJOR NOVELA DE LA GUERRA

Es, sin disputa, "Lejos de las alambradas", por Edwin Erich Dwinger. Su éxito ha eclipsado en Alemania y en los demás países europeos las obras de Remarque, Renn y otras similares. Es la guerra en su aspecto más terrible y desconocido: el diario de un soldado alemán prisionero de los rusos en los campos de concentración de Siberia. Páginas angustiosas e inolvidables.

Está a punto de agotarse la primera edición. El ejemplar, \$ 9.

THOMAS MANN, PREMIO NOBEL

La más alta consagración literaria europea, el Premio Nobel, ha recaído este año sobre el gran escritor alemán Thomas Mann. El público de habla castellana sólo podrá entrar en conocimiento de este interesante novelista, leyendo las dos únicas novelas suyas —las más representativas— traducidas a nuestro idioma: "La muerte en Venecia", \$ 7.50 y "Alteza Real", \$ 7.50.

VUILLERMET (F. A.) — LA JUVENTUD Y LOS DEPORTES, \$ 4.50

Trata de temas como: la Iglesia y los deportes; los deportes y la moralidad; el deporte es-

cuela de voluntad; el deporte como aprendizaje de la vida social, etc.

LA OBRA POLITICA DEL MOMENTO

Ahora que ha cesado la Dictadura en España y que se plantean una infinidad de problemas relacionados con su sucesión y el tránsito a un Estado constitucional, es cuando adquieren mayor relieve e interés las páginas profundísimas consagradas a esta situación prevista por el célebre político español Francisco Cambó en su leídísimo libro "Las dictaduras". No deje usted de adquirirlo, si aun no lo conoce, porque está a punto de agotarse, \$ 6.

ELLIS (HAVELOCK). — EL SEXO EN LA CIVILIZACION, \$ 22.50

Grueso e importantísimo volumen donde exponen sus teorías, en relación con los problemas de la sexualidad, muchos famosos escritores ingleses y norteamericanos, desde Waldo Frank al famoso juez Lindsey. Las materias se hallan agrupadas en capítulos que llevan los siguientes epígrafes: "El sexo a través de los siglos", "El papel del sexo en la conducta", "El sexo y la psicología", "El sexo y el psicoanálisis", "Los aspectos clínicos del sexo" y "El sexo en la poesía y la novela".

LA OBRA DEL AÑO

"Grandezas y miserias de una Victoria", por Georges Clemenceau, 1 tomo, \$ 9.

Librería
Barcelona-Santiago

SALVAT

Casilla 2326 — Teléf. 84734 — Agustinas 1043.
SANTIAGO.

El mejor surtido de libros en la mejor librería.